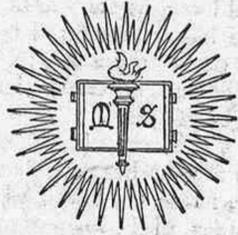


# La Ilustración Artística



Año XXX

BARCELONA 11 DE SEPTIEMBRE DE 1911

Núm. 1.550



DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

figura principal del cuadro de Moreno Carbonero que reproducimos en la página 597

## ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el tomo cuarto de la serie correspondiente al presente año, y que será el segundo y último de

## NAPOLEÓN I ÍNTIMO

Para que se comprenda el interés que ofrece este tomo, bastará decir que en él se relata la vida íntima del emperador desde su matrimonio con la archiduquesa María Luisa de Austria hasta su muerte en Santa Elena, es decir, durante el período sin duda más emocionante de la historia de Napoleón I.

Este tomo, como el anterior, irá ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de retratos, estampas y objetos auténticos, ilustraciones que contribuyen á dar mayor valor á la obra que con tanto acierto ha escrito D. Juan B. Enseñat, académico correspondiente de la Historia, á vista de documentos oficiales, biografías, correspondencias y memorias de la época.

## SUMARIO

**Texto.**—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Sol entre nubes*, por José Sánchez Rojas. — *Actualidades extranjeras. Representación de «Les Esclaves» en las Arenas de Beziers.* — *Los sucesos de Verbicaro.* — S. M. el rey D. Alfonso XIII en Bilbao. — *De aviación.* — D. Manuel Arriaga. — S. E. Ou-Tsong Lien. — *Problema de ajedrez.* — *La coleccionadora* (novela ilustrada; continuación). — *Teatro de la Naturaleza en La Garriga (Barcelona).* Estreno de «Flors de cingle» — Libros.

**Grabados.**—*Don Quijote de la Mancha*, figura principal del cuadro de Moreno Carbonero *Aventura de Don Quijote con los frailes de San Benito.* — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Sol entre nubes.* — *Guitarista*, cuadro de José de Camp — *Paolo y Francesca*, cuadro de L. Royer. — *Quintas y jardines célebres de Italia* (lámina). — *Beziers. Representación en las Arenas de «Les Esclaves.»* — *Verbicaro. Entrada de la casa del alcalde.* — *Familias acomodadas azampadas fuera de la población.* — Bilbao. *Embarcaciones que acudieron á recibir al rey.* — *Esperando y dando la señal para la salida de los balandros.* — *El balandro «Hispania.»* — *El yate «Giralda.»* — *El rey á la salida del Club Marítimo del Abra.* — *La escala de la Vida*, cuadro de P. van Ouderaa. — *Aventura de Don Quijote con los frailes de San Benito*, cuadro de Moreno Carbonero. — *El capitán Camine y el teniente Grailly, aviadores.* — *El aviador Geo Fourny.* — D. Manuel Arriaga, presidente de la República portuguesa. — S. E. Ou-Tsong Lien, embajador de China en Roma. — *La Garriga (Barcelona).* Estreno de «Flors de cingle» (varias vistas y fotografías del autor y los actores). — *Salomón y la Sulamita*, cuadro de Armando Frobenius.

## DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Cuando estas líneas aparezcan habrá sonado ya, para muchos, la hora del regreso. Regresar, después de las vacaciones de verano, no es simplemente regresar, ni cambiar de sitio y residencia. Es volver á la vida de siempre, después de una interrupción luminosa, de un paréntesis de amenidad, es volver al trabajo duro, á la preocupación angustiosa, á la lucha enervante, á cuanto constituye, en fin, el cortejo y la secuela de la vida de nuestros tiempos.

Nunca como en estos instantes se aprecia el mal de la edad en que hemos venido al mundo y de que nos toca ser, á la vez, actores y testigos. Después de dos meses de correr por ahí, á modo de simple espectador, ó de habernos engolfado en la paz y en el olvido de las campiñas y los bosques, de las playas y de las cordilleras silenciosas, parece que se cierra el corazón á medida que el tren avanza, aproximándose á la ciudad en que tenemos el puesto de combate y la consigna de nuestro deber.

Hemos gozado unas semanas de la quietud del campo, de la «descansada vida» del insigne poeta neo-platónico, del silencio provincial, lleno de solemnidades y confidencias; y, de súbito, se nos impone el retorno á la gran urbe congestionada y delirante, á la Babel todo insomnios y fiebres, para ocupar nuestro puesto en las filas y seguir una lucha que ni hemos promovido nosotros, ni está en nuestras manos evitar ni rehuir, cogidos como nos vemos en un misterioso engranaje, superior á los designios de cada uno; impulsados y arrastrados por una corriente que no sabemos de dónde viene ni á dónde va, de la cual nada sabemos, puede decirse, sino que nos arrastra mal de nuestro grado. ¿Comprende ahora el lector, toda la íntima pereza melancólica de este retorno, después de los solaces veraniegos, que nos dieron la falaz impresión de las liberaciones definitivas?

\* \*

El pasado siglo se dedicó de una manera implacable á deprimir, á infamar mejor dicho, la vida obscura y provincial. Degradóla en la esfera política, desde la prensa, en el teatro, en las costumbres. La «pro-

vincia» era el destierro, la miseria de espíritu, la ridiculez. La provincia era lo *cursti*. ¡Lo *cursti*! Pero si esto fué la superposición; si lo *cursti* fué casi siempre lo importado, lo añadido, lo imitado con impotencia... No. El siglo XIX, entre sus grandes errores y sus grandes pecados, cuenta el de haber vuelto estéril esa raíz de la vida humana que ahonda en los campos y en las aldeas y en las poblaciones retiradas y tranquilas; el de haber matado el contento del espíritu y la alegría de la propia suerte, fuera de dos ó tres capitales privilegiadas y en apariencia esplendorosas y felices en cada país.

Y, sin embargo, la armonía del mundo, amenazado ahora de un formidable desquiciamiento, no ha de venir, si viene, ni de los libros, ni de los ideólogos, ni de las utopías, ni de los parlamentos, ni mucho menos de las revoluciones armadas. Ha de venir de un hecho inesperado y fortuito — como el mismo que produjo el daño — que deshaga las congestiones de los grandes centros y las aglomeraciones que siguen al maquinismo, origen de la aglomeración correlativa del proletariado en masas enormes y, por ello, propicias á las grandes mareas y á toda suerte de conflagración.

Porque no son Rousseau, ni Malthus, ni Proudhon, ni Lassalle, ni Fourier, ni Marx, ni ningún pensador, ni ningún libro, los promotores del conflicto moderno. El conflicto nació cuando Wath inventara su máquina, cuando Fulton ideara la suya, cuando un hábil mecánico perfeccionara el torno para hilar acabando con la rueda de nuestras abuelas ó aplicara una correa de transmisión moviendo diez telares á la vez; cuando se deshizo, en suma, la organización familiar del trabajo y perdió la industria su carácter doméstico, más dulce y afectuoso, más íntimo y humano que el de la inmensa falange de asalariados puestos frente á frente de la ostentación y del lujo en las urbes «tentaculares» de nuestros días, pintadas por Veraheren en un libro famoso. Vino de los hechos; y las ideas no fueron sino su penumbra, su expresión ó filosofía «pragmatista» no su origen.

Así tendrá que ser el remedio: un retorno á la tierra, un retorno á la provincia y al equilibrio de la población, más harmónicamente distribuida y combinada con respecto á la superficie habitable de nuestro planeta. Si el conflicto proviene de los inventos, otros inventos pueden resolverlo ó conjurarlo. Quien descubra una fuerza ignorada; quien encuentre, merced á largas vigilias de laboratorio ó por dichoso azar, una fácil distribución de energía transmisible á todas las distancias y aplicable á todos los empleos; que llegue á las últimas aldeas y suba á los sotabancos; que permita reconstituir el taller doméstico iniciando la desintegración de la gran industria, del monstruo-fábrica, ese inventor y ese invento conseguirán, por el automatismo de las repercusiones económicas, lo que se pide en balde á las teorías y á los programas de emancipación ó conciliación social.

Entonces, y sólo entonces, volverá la vida humana á gravitar hacia la alegría, hacia la resignación y la paz del alma. No serán las metrópolis el patrón tiránico y el abismo de la sociedad universal. No constituirá la lucha un fin ni un obstáculo, sino un medio, para la felicidad asequible sobre la tierra. Los contrastes de lujo y miseria, de hambre y despilfarro se dulcificarán, como sucede á medida que se reduce la población á tipos medios y las necesidades ficticias disminuyen y los ideales se encauzan en sentido más patriarcal y menos falansteriano, en sentido de la sencillez y contra la complicación estéril y vacía.

\* \*

¿No es natural que el veraneante que regresa á una ciudad, atormentada, como Barcelona, por todas las formas de inquietudes del progreso, se entregue á tales divagaciones? Creo que ha de salir, el día menos pensado, un genio de primer orden únicamente para entonar el definitivo y supremo «Elogio de la provincia», vengándola de sus detractores, grandes ó pequeños, desde Balzac á Taboada. ¡Qué ceguera haber aceptado esa herencia del jacobinismo triunfante contra la Gironda, contribuyendo á hacer aborrecible la vida local y á envenenar á la juventud de dos ó tres generaciones con el tedio de los malogrados! No se sabe el mal que hicieron, ni las felicidades que han destruido en germen, ni los dramas interiores cuya semilla depositaron, ni el cúmulo de goces tranquilos y selectos que esa errónea concepción de la existencia aniquiló sin remisión...

Recuerdo que hace unos dos años, fuí á buscar unos días de descanso en mi ciudad silenciosa y mediatubunda. Por las tardes llegaba, en mi paseo, hasta uno de los pretilos de la parte exterior de la muralla. Hay que venir de Barcelona después de una semana de julio, ó de París después de «la batalla de los sie-

te días,» para saborear todo el placer de la inmersión en aquel silencio profundo y pitagórico. En dicho sitio se confunden la respiración amortiguada de la ciudad con el hechizo virgiliano del campo que comienza. Cinco ó seis generaciones de contemplativos y solitarios, han consagrado aquellas piedras que corren en forma de banco por el remate de un montículo, última prolongación de los glasis de la muralla. A lo lejos se distingue el cauce seco y pedregoso de la riera, y se extienden los rastrojos hasta la sierra azul y distante. Un sendero llega hasta allí cubriendo por la contraescarpa y siguiendo el propio perfil poligonal de los bastiones y lenguas de sierpe. Un hábito de tristeza se desprende de toda aquella arquitectura militar, una sombra de Vauban y del viejo cesarismo; y el lugar parece á propósito para servir de sitio á alguno de aquellos «autodidactos» de traza antigua que á las veces se encuentran en el fondo de esas poblaciones olvidadas y dejan en nosotros un recuerdo más persistente que los grandes infolios de la celebridad.

Diríase que el viejo espíritu socrático ha emigrado de las grandes urbes modernas. Busca el refugio de los rincones tranquilos, la sombra de las largas alamedas, el rumor de las fuentes ocultas. Aquel dulce comercio de las almas, aquel diálogo vivo de la inteligencia aplicada al enigma del existir, aquella cosa noble y llena de serenidad que se llamaba un tiempo Filosofía, ha sido suplantada y expulsada por una hermana suya, bastarda y como advenediza, á la cual llamamos Sociología. Yo pido perdón á sus adeptos por mi irreverencia; pero la sociología me parece ser á la filosofía lo que la cerveza al vino de Palermo: el vino ó la filosofía de los bárbaros en la acepción clásica, esto es, de gente que cae fuera de nuestra ley ó estirpe greco-latina.

El lugar estaba impregnado de toda una tradición grata á la confidencia. Era el lugar preferido de los románticos de la vieja escuela, de los emigrados políticos, del deán y el arcediano. Allí se había hablado de todos los conflictos de conciencia en nuestra época y se habían comentado las páginas balsámicas de Lacordaire... Pues, allí, bajo la sugestión de estos recuerdos, de la soledad ambiente, del toque de *Angelus*, de las columnas de humo ascendiendo de infinitos hogares inciertos y remotos, del chirrido de una polea en un pozo lejano é invisible, del vibrar de unas cornetas en no sé qué baluarte ó casamata, sentí, como nunca había sentido, el secreto, todo el secreto de esa vida provincial tan menospreciada y tan saludable.

\* \*

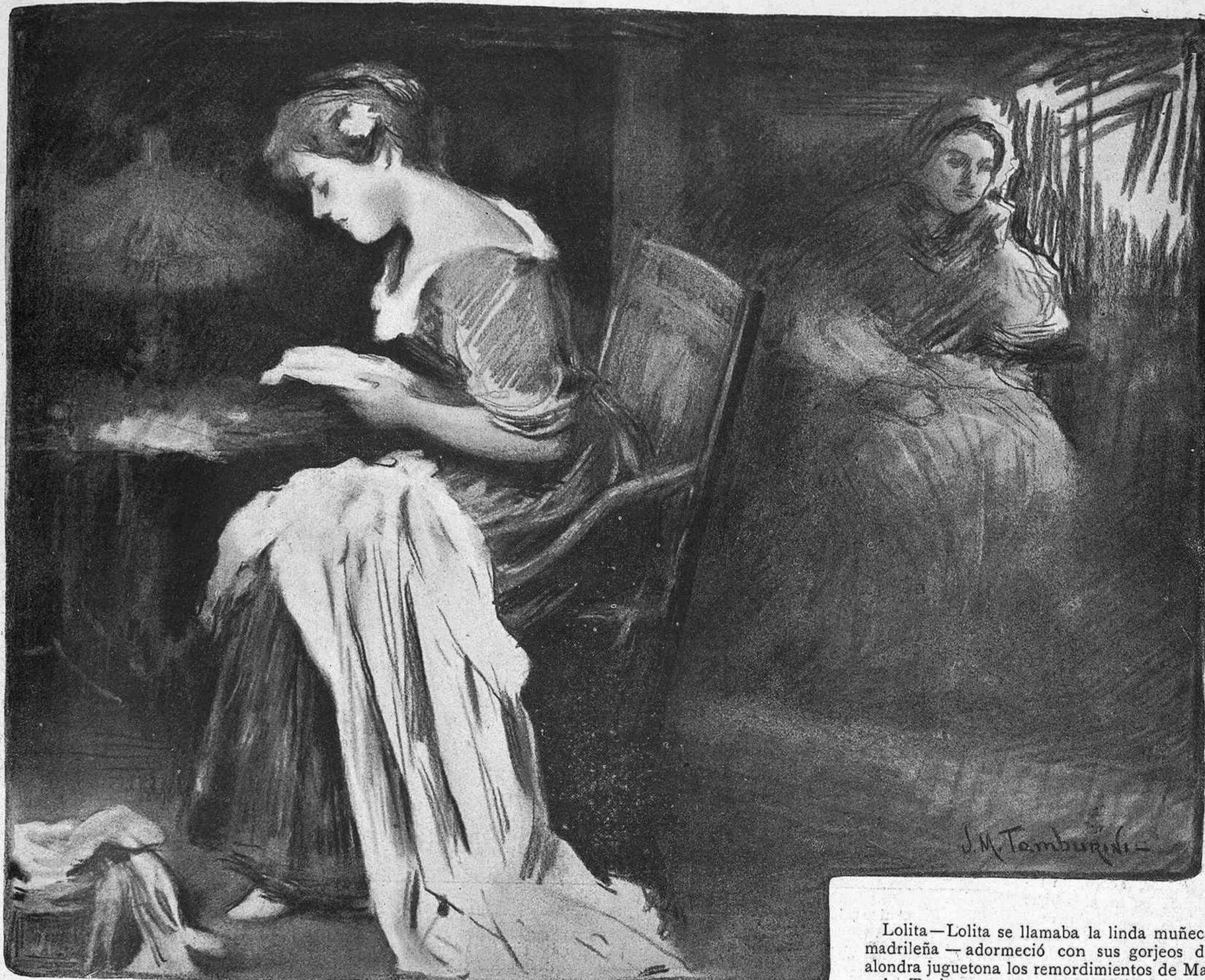
Considérese, pues, cómo se regresa del verano después de una excursión semejante, en tiempos tales como los que nos ha tocado vivir. Barcelona, á todo andar del tren ó del vapor, se acerca á nosotros. Se acerca como la realidad con todos sus problemas, como el mundo actual con todos sus conflictos, como la civilización con todas sus exigencias y voracidades, como el progreso en esa fase de ahora que pide movimiento y ardor, á veces sin saber por qué. Aquí están sus calles repletas de gente, sus tiendas y establecimientos desbordantes de luz.

La vida — la vida propiamente urbana, intelectual y artística — va á empezar de nuevo. Regresan los profesores; regresan los estudiantes. Todo son proyectos para el nuevo curso; anuncios de trabajo, de iniciativa, de resurrección. Anuncios de libros, de conferencias, de estrenos. Anuncios de campañas teatrales. El Liceo: Ha muerto Bernis, empresario insustituible, como suele declararse casi siempre á los difuntos, aunque en vida no se les rindiera esa justicia ó esa benevolencia; empresario verdaderamente insustituible que tiene en su haber no pocos éxitos y no pocos servicios á la cultura de Cataluña, acaso más de los que pueden prestarse dentro del mundo especial de los negocios artísticos y los caprichos del público abigarrado de las «óperas.» El Teatro catalán: En crisis — crisis intrínseca que ya viene discutiéndose hace tiempo, — y crisis nueva, la motivada últimamente por el asunto Iglesias-Franquesa, con motivo del ensayo de *Flors de cingle*, representada al aire libre, en un escenario natural de La Garriga, con éxito el más hermoso. Los demás teatros preparándose por su habitual labor, como los cines y salas de atracciones y variedades.

Mientras la humanidad sigue su curso hacia los ignotos destinos que la llaman y solicitan misteriosamente, el hombre se divierte; y al regresar del verano, quiere hallar el salón de baile iluminado, las chimeneas preparadas contra el frío, la mesa puesta. Adelante, pues. Otro año, y á seguir la ruta.

MIGUEL S. OLIVER.

SOL ENTRE NUBES, POR JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS, dibujo de Tamburini



Los primeros días escribía á María largas epístolas

I

Siempre que se trasladaba á Madrid le sucedía lo mismo á Manolo Suárez, abogado por ser algo, mozo de rentas saneadas, de espíritu alegre, de simpática fachenda y dueño de su vida y de su tiempo. Vivía cuidando de sus terrones, á la vera de ellos, en una muerta ciudad castellana, con canónigos y colegiata, donde el tiempo discurría plácidamente, entre el tute del casino, los bailes de confianza, los libracos que le traían de París, amarillentos y frívolos, y el culto á las musas. Manolo tenía su musa, María, una mozállona de la ciudad, alta y garbosa, de castaños ojos prometedores, cristiana de sangre, humilde, angelito casero á quien Manolo había hecho dueño de su corazón y confidente de las fantasías de sus ocios.

Aquellos amores, largos y sedantes, tenían paréntesis de cuatro ó cinco meses, en que Manolo se trasladaba á la corte á ver los teatros, á murmurar con sus colegas en Apolo de los que no estaban presentes, á oír los pintorescos discursos parlamentarios, á flanear por las rúas de la villa del madroño, con sus amigos y antiguos condiscípulos de la Central. Los primeros días escribía á María largas epístolas y hasta espiaba, desde su lindo cuarto de la calle del Arenal, la llegada del cartero. Luego, embotaba su pluma y se adormecía su musa. Los amigos, los teatros, los libros de los conocidos, el tranvía, el estreno, el te del Ideal, la excursión á Toledo, le separaban de María. La pobre chica, que conocía á su Manolo, resignábase á los contratiempos. Sabía que su prometido era un tarambana, pero que á ella no le desalojaba, sin más ni más, cualquiera intrusa del corazón del desmemoriado.

Madrid, sin embargo, prendió aquel año con sus raíces de frivolidad, de escepticismo y ligereza, en los amores del mozallete desocupado y rico. No se sabe cómo comenzó aquello, ni si comenzó siquiera. Tengo para mí que en el cambio tuvieron parte un sol dominguero, la alegría callejera llena de pianillos acatarrados que esquielean, de gritos de vendedores que aturden, de mujercitas adorables de trajes claros que inquietan el corazón acompasado y seguro de sí mismo. Es el caso que Manolo, en la calle del Arenal por cierto, topó con una damisela rubia, esbelta y gentil como una palma, de inmensos ojos azules que negreaban con el enojo y diluían su color con la sonrisa, bien vestida, mejor calzada como buena madrileña de recia estirpe, coquetuela, acompañada por una acartonada dama de compañía, de gesto torvo y cara de pocos amigos. Que al requerimiento de simpatía de Manolo accedió la bella con una sonrisa, con dos sonrisas, con muchas sonrisas, camino del Retiro, y que al regreso, á la hora en que los rayos del sol se quiebran por entre los árboles del hermoso jardín, la bella animaba ya francamente á la persecución y á la conquista. Que Manolo, aturdido por la dulzura de aquellos ojos y la elegancia de aquel palmito, siguió á la muñeca hasta la calle de Leganitos, donde vivía. Que quince días después se juraban amor eterno, con la discreta protección de la acartonada señora, solterona machucha y agresiva. Que María, la pobre María, la honesta mozállona de su pueblo, pasó á la fosa del olvido. Que la novia escarnecida por el ingrato tarambana lloró mucho y esperó más. Sol entre nubes, su espíritu se dejaba mecer por una canción remota, que apagaba, con su lejana música, el desasosiego de la infeliz. ¡Si Manolo volviese!

Lolita—Lolita se llamaba la linda muñeca madrileña — adormeció con sus gorjeos de alondra juguetona los remordimientos de Manolo. Tuvieron un mes encantador de relaciones. En el Retiro, por la Castellana, por la santa placidez del Parque del Oeste, cascabelearon, como diligencia novata, los oídos de las gentes con los aturdimientos de su amor intemperante.

Lolita era una charlatana adorable. Sus recuerdos de colegio embobaban á Manolo. La muñeca tenía un horror invencible al silencio, á la disciplina, á la calma del colegio. Una noche de Cuaresma, mientras las buenas madres oraban con sus educandas, Lolita aporreó el piano, vecino al comedor, y preluvió las notas jubilosas de la Marsellesa. Se privó á Lolita de postre durante quince días. Otro día, durante la clase de pintura, pegó con recosidos la falda de dos compañeras. Y repetía, alocada, imitando el gesto de la madre superiora:

— Oh, mademoiselle! Oh, mademoiselle! Ça n'est pas possible, comprenez?

Al mes justo de los amores, Manolo comenzó á notar que Lolita era poco exacta en sus recuerdos. Caía en flagrantes contradicciones. Además, era poco puntual, cada vez menos, á las citas en el Angel Caído, las tardes de sol. Luego, sospechó que no conocía del todo la familia de Lolita, el mundo de Lolita. Vestía con demasiada elegancia y el sueldo de papá era hartito poco. El papá, deseoso de representar un distrito en el Congreso, entre señores de reluciente tubo y levitas impecables, hacía poco caso de Lolita. Manolo pensó que, tal vez, había sido demasiado ligero. Tímidamente, de tarde en tarde, pensaba en María:

— ¿Me perdonará?

Y aquellos amores se rompieron de pronto, porque sí, sin ruido, por un capricho de Lolita, por una testarudez de Lolita. Los ojos azules, el palmito gentil, el sombrero enorme que encuadraba el marco de las delicadas facciones de su muñeca, se le habían colado alma adentro más de lo que él había sospe-

J. M. Tamburini

chado. Indudablemente, decía bien Musset: *on ne badine pas avec l'amour*.

Y pensó en volver á su tierra en seguida. Y escribió á María. Pero María no contestaba. Ocho días después, Manolo, que no acertaba á explicarse el enigma del silencio, dejó la baraúnda cortesana por la calma del poblachón, donde cuidaba de sus terrones la mayor parte del año.

## II

A la puesta del sol, se doraban las gloriosas piedras de la ciudad muerta castellana. El astro se ocultaba en la tierra de las llanuras, lenta, rítmicamente, dejando huella de sangre en su descenso. De la tierra surgía una canción fecunda de promesa y de misterio. Y en la ciudad, para decir á los hombres frívolos que llegaba la hora de las sombras, lloraba, vibrando, la campana de la colegiata. A su llamada, contestaba temblorosa la esquila de un convento monjil, de añinado acento; la campana moza de una parroquia; el tañido armonioso, lejano, de una ermita del arrabal.

Se encendieron las luces de la ciudad. Sus calles, en zizás, recordaban los surcos quebrados de los llanos que la circundan y aprietan. Eran todas evocadoras y todas distintas. En una plazuela solitaria arañaba el cielo la aguja de una torretila; en otra cantaban los niños, á coro, un romance de las tres hijas del rey infiel. En una calleja, una alhóndiga. En la de al lado, un escudo moroso en fachada vieja. Por ella discurría Manolo, presa de una agitación febril, esperando la luz conocida de una ventana que permanecía cerrada.

Dos horas de mortal angustia esperaba Manolo la luz de aquella ventana que tantas veces había alumbrado sus ensueños. ¿Ahora? La interrogación, sin

— Estas provincianitas, se decía, nos quieren, sí, nos quieren, como María me ha querido. Pero la procesión les anda por dentro. Nos quieren y no saben decirlo. Se sacrifican y nadie sabe su sacrificio. En la vida, son perfectas madres, pero como novias... No; lo que es para novias, Madrid. ¡Aquella Lolita, tan charlatana, tan embustera, tan bonita!.. ¡Pero María! ¿Saldrá María? ¿Jugará conmigo ahora como yo he jugado con ella antes? El caso es... que yo no tengo defensa. Y la quiero pedir perdón, y casarme con ella, y...

Se oyó ruido de cristalería, se abrió una ventana y asomó un busto de mujer. El de María. Manolo quedó confuso. Se acercó tímidamente.

— María..., balbuceó el terrible pecador, el de los devaneos é infidelidades cortesanas.

María replicó dulcemente:

— Pero Manolo...

Y Manolo razonó la solicitud de su indulto prolijamente. Siempre ha sido torpe costumbre la de oír conversaciones ajenas y necia cosa, además, fisionomía pláticas de enamorados. Aquella fué larga y cordial. Se habló de boda; se fijó una fecha; «pelillos á la mar,» dice el adagio.

María, al hablar luego con su mamá, estaba radiante, pero en las mejillas había surcos de lágrimas.

También Manolo, espíritu fuerte para los tertulios de la cacharrería del Ateneo, lloró aquella noche...

Y es que le nació el grande amor entonces sobre el solar de las pasadas frivolidades. El amor, del que ha dicho un poeta que es como un niño recién nacido. En efecto, hasta que no llora, no sabemos si vive.



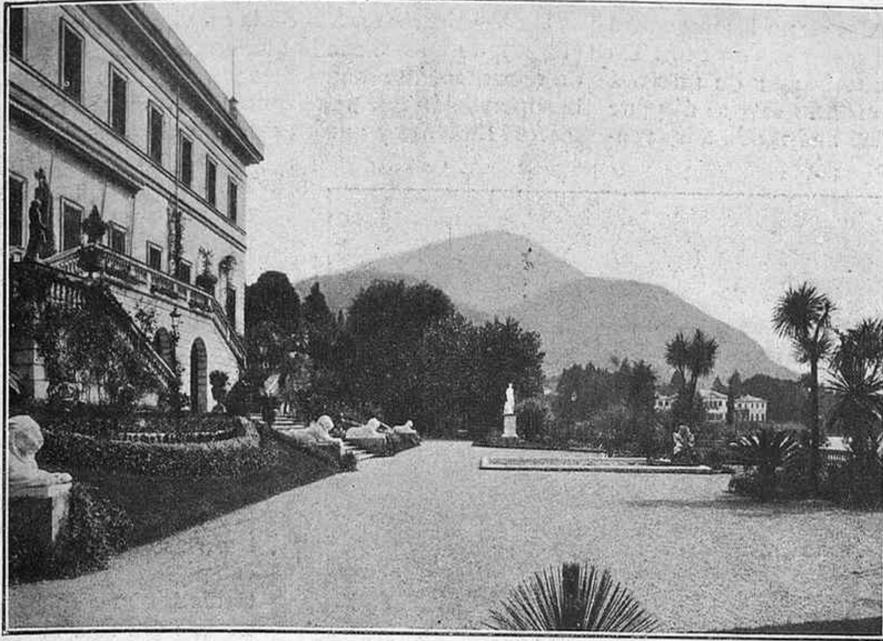
Guitarrista, cuadro de José de Camp. (Reproducción autorizada por Mr. N. E. Montross.)

respuesta cabal, le martilleaba las sienas. ¿Aquella Lolita? Pero Lolita no tenía culpa, sino él, él solo. Y proseguía en su monólogo, henchido de divagaciones, contradictorio, pintoresco, absurdo:



Paolo y Francesca, cuadro de L. Royer, inspirado en el episodio de «La Divina Comedia»

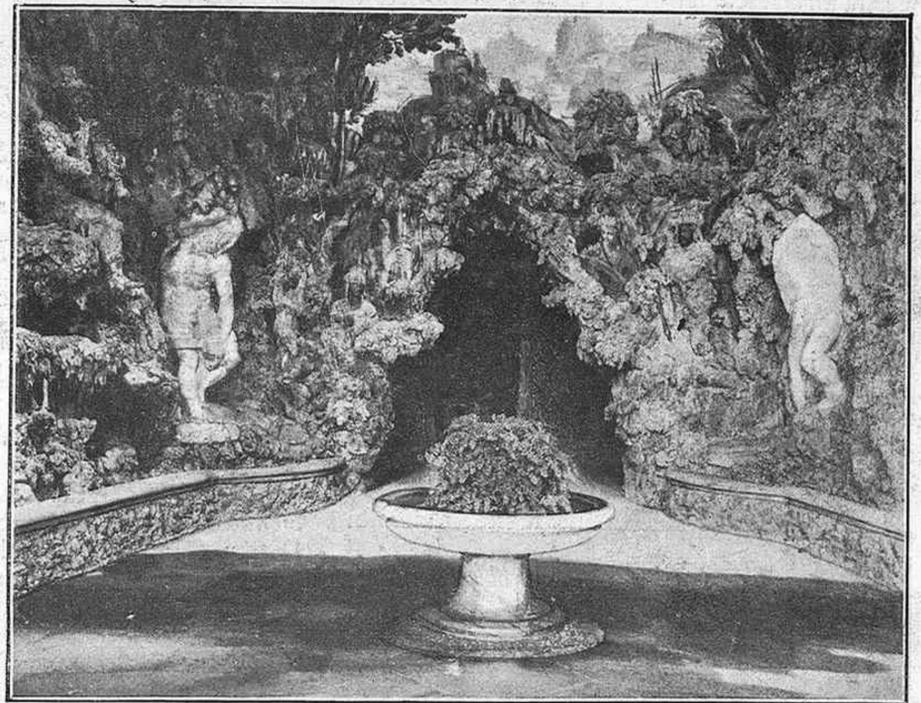
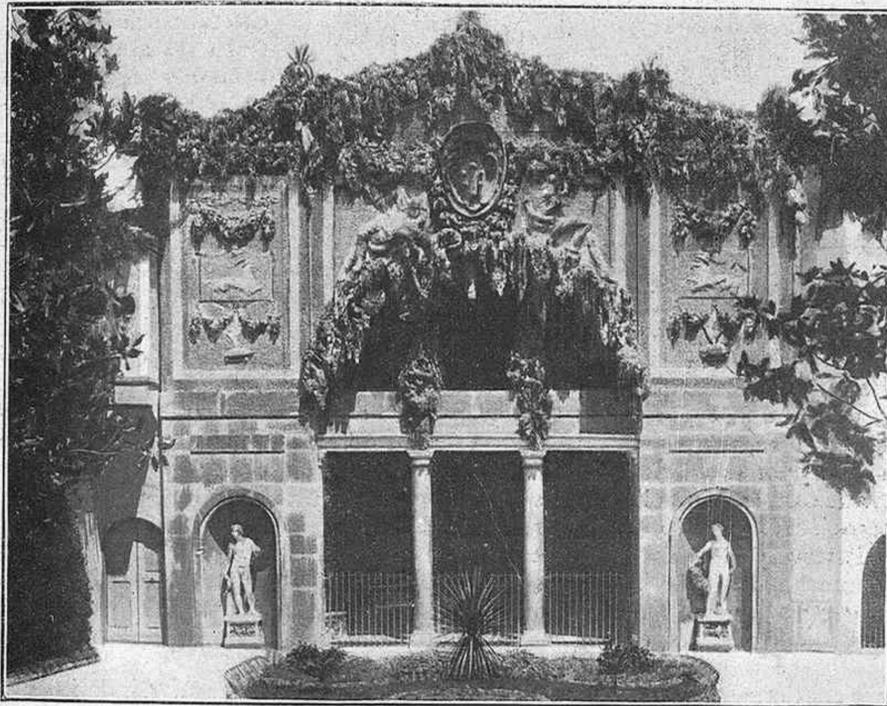
QUINTAS Y JARDINES CÉLEBRES DE ITALIA



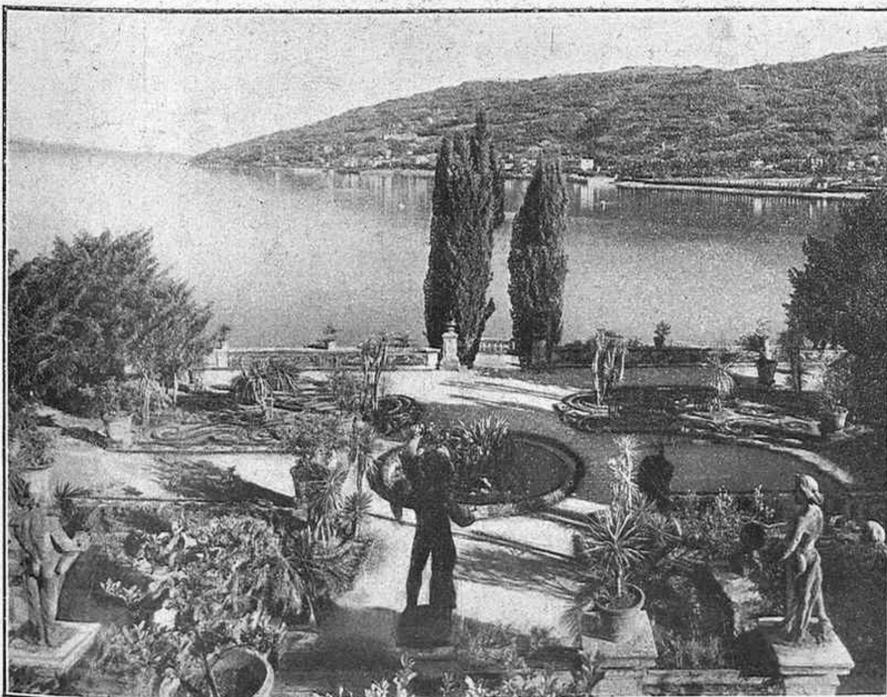
Lago de Como. Bellagio. Quinta y Jardín Melzi



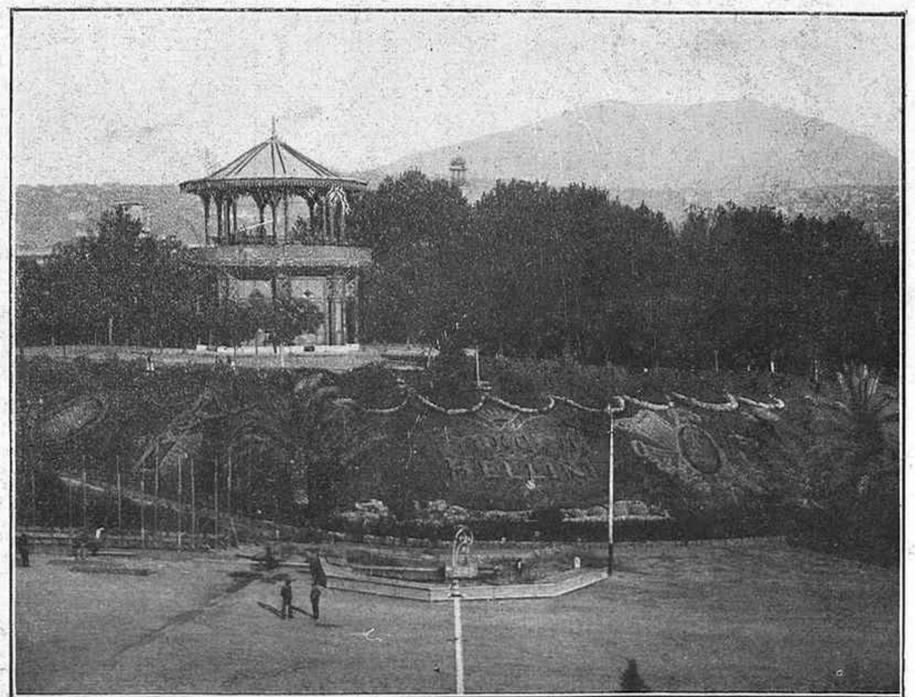
Surtidores del parque real de Caserta



Florenca. Jardín Boboli anejo al palacio Pitti, que en otro tiempo perteneció á los grandes duques de Toscana  
Entrada de la gruta. - Interior de la gruta con las estatuas colosales de los esclavos modeladas por Miguel Angel



Lago Mayor. Isola Bella. Jardín de la quinta Borromeo



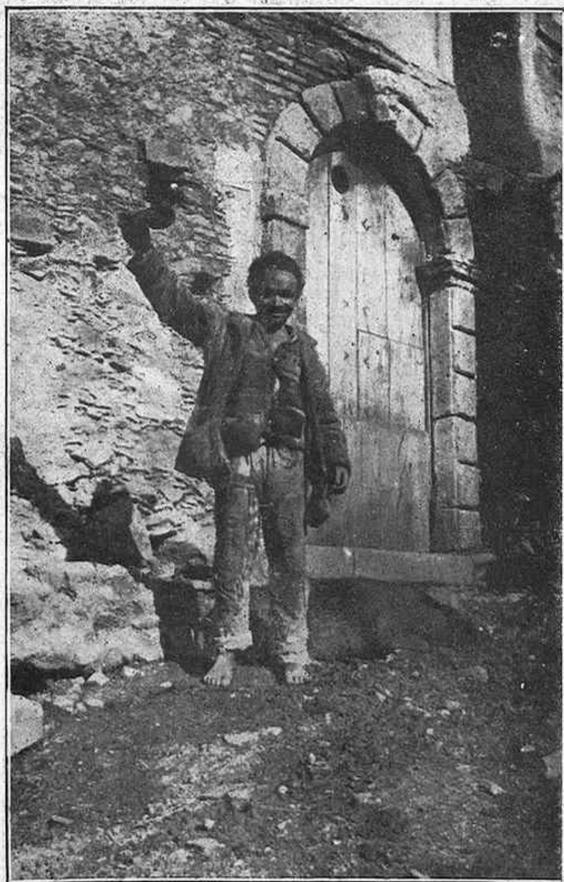
Catania.-Quinta y jardín Bellini. En el fondo, el Etna

(Fotografías comunicadas por Carlos Trampus.)

## ACTUALIDADES EXTRANJERAS.—REPRESENTACIÓN DE «LES ESCLAVES» EN LAS ARENAS DE BEZIERS.—LOS SUCEOS DE VERBICARO

Sabido es el éxito que todos los años alcanzan las fiestas dramáticas de Beziere, á presenciar las cuales acude una muchedumbre innumerable, entusiasta, ávida siempre de aplaudir la prosecución de la obra de arte y de cultura que hace algunos años iniciara, movido de un grande amor á su región, el señor Castelbón de Beaux-hostes.

Preciso es reconocer que se ha creado en aquella escena un nuevo género teatral y que las tragedias líricas de Beziere tienen su fórmula y sus leyes especiales con las que ha de conformarse el poeta. A esta fórmula y á estas leyes ha sabido ajustarse con una habilidad hasta ahora no superada, Luis Payen, el autor de *Les Esclaves*, poema lírico hace pocos días estrenado en las Arenas. Su obra, que ha sido justamente aclamada, demuestra un conocimiento perfecto de las exigencias del teatro al aire libre; tiene la claridad, la sencillez de acción, el vigor, el movimiento dramático y el lirismo necesarios para seducir á las multitudes, y es de un poeta personalísimo y altamente inspirado que á esta cualidad reúne la menos frecuente en los poetas de ser un notable hombre de teatro. Luis Payen ha intentado con fortuna una especie de renovación de la antigua tragedia, tratando asuntos que, aun encerrados dentro del marco de la antigüedad, están vivificados por los sentimientos y por las agitaciones del alma moderna.



Entrada de la casa del alcalde de Verbicaro, que las turbas populares quisieron asaltar

El verdadero personaje de la última obra de Payen son los infelices, los esclavos, dispuestos á rebelarse bajo la dirección de Marco, un liberto enamorado de Tamyris, la hija del rey Himeral, y que espera llegar hasta ella derrocando el trono del anciano monarca. Tamyris, que sueña con un porvenir de justicia y de bondad, del que será excluido el sufrimiento ama también á Marco y gracias á ella la rebelión triunfa. Pero los vencedores abusan de su victoria y

dueños del poder son tan crueles como los que antes gobernarán y sólo piensan en saciar sus apetitos. Tamyris logra, sin embargo, entusiasmar de nuevo á Marco por la causa santa y cuando éste se dispone á completar su obra de bondad libertando á los ven-

En Verbicaro, pueblo de la provincia de Cosenza (Italia), de unos 6.000 habitantes, se han desarrollado recientemente sangrientos sucesos originados por la superstición que tanto domina aún en algunas comarcas italianas y que en este caso ha sido explota-

da, según parece, por los enemigos políticos del partido que está al frente de la administración municipal de aquella población.

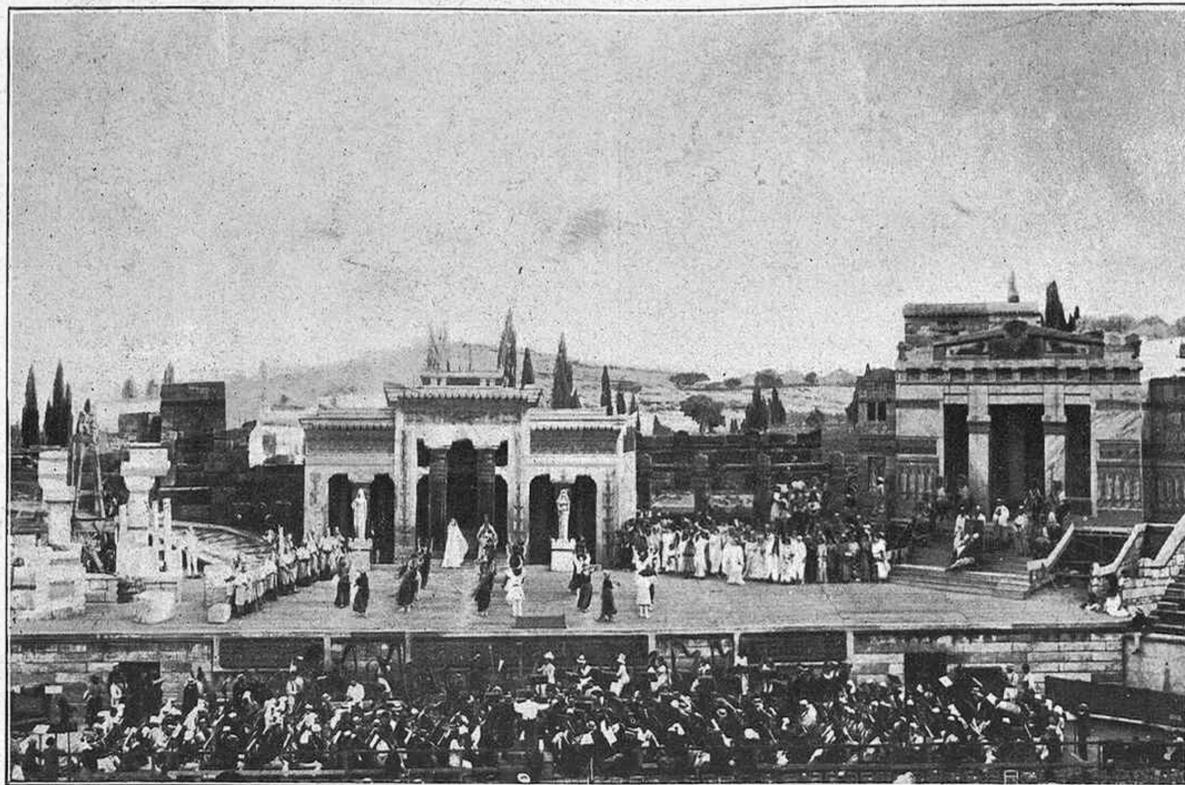
Hace días ocurrieron en Verbicaro algunos casos de cólera, y habiendo tomado el alcalde las medidas higiénicas necesarias para que la enfermedad no se propagase, el populacho, azuzado por los enemigos de aquella autoridad, comenzó á decir que era ésta la que tenía empeño en difundir el mal y que lo propagaba por medio de polvos venenosos, y en actitud amenazadora se dirigió á la casa de dicho funcionario con intento de asaltarla. No habiendo podido lograr su objeto, por haber acudido oportunamente los pocos carabineros que en el pueblo había, los amotinados marcharon á la Casa Consistorial y encontrando en

ella á un pobre empleado que hacía las veces de vicesecretario, lo sacaron á la calle, lo mataron á golpes y mutilaron horriblemente su cadáver, después de lo cual incendiaron el edificio.

Quisieron luego acabar con las demás autoridades, pero éstas pudieron refugiarse en el cuartel de los carabineros, quienes hubieron de repeler á tiros los ataques de la multitud, causando en ella un muerto y tres heridos.

La llegada de algunos refuerzos puso término á los sangrientos disturbios, á consecuencia de los cuales la mayoría de los habitantes del pueblo huyeron á la desbandada de él y se refugiaron en sus alrededores.

Un detalle que demuestra hasta dónde llega la superstición y la ignorancia de aquellas gentes: las



Beziere.—Representación en las Arenas de «Les Esclaves», tragedia lírica en tres actos, poema de Luis Payen, música de Aymé Kunc. (De fotografía de Carlos Trampus.)

cidos cae mortalmente herido por la vieja Senica, cuyo odio no perdona, y muere lanzando un grito de esperanza en el porvenir.

A esta obra ha puesto música el joven compositor, premio de Roma, Aymé Kunc, cuya partitura se adapta de un modo admirable al poema, por su amplitud, por su claridad, por su calor y por su colorido.

La ejecución de *Les Esclaves* ha sido excelente habiendo obtenido grandes aplausos las señoritas Roch, Darty, Campredón, Panis y Pavlova y los señores Alexandre, Joubé, Bourny, Journet y Altschewsky. Los coros cumplieron perfectamente su difícil labor. La decoración, que producía un efecto magnífico, era original de Bailly.

Más de diez mil espectadores asistieron al estreno de *Les Esclaves* y tributaron grandes ovaciones á los



Familias acomodadas de Verbicaro acampadas fuera de la población, para huir de los desmanes del populacho. (De fotografías de Argus Photo-Reportage.)

autores y á los intérpretes de la obra, una de las más notables que se han puesto en escena en las Arenas de Beziere.

turbas amotinadas cortaron los alambres del telégrafo pretextando que por ellos se propagaba el cólera.—R.

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BILBAO.—LAS REGATAS. (Fotografías de Castellá Marqués.)

S. M. el rey D. Alfonso XIII ha hecho recientemente una visita á Bilbao con objeto de concurrir á las importantes regatas y á los concursos de pichón que en aquella ciudad se han celebrado.

El monarca, á bordo del yate real *Giralda*, llegó á las ocho de la mañana del 26 de agosto último y á recibirle acudieron numerosas embarcaciones, cuyos pasajeros le tributaron una grandiosa ovación. Después de las presentaciones de las autoridades y de la recepción, á la que asistieron numerosas comisiones y distinguidas personalidades, S. M. embarcó en el balandro *Hispania* para tomar parte en la regata internacional, habiendo ganado la copa ofrecida por S. M. la reina María Cristina para la clase de 15 metros. Otro balandro de su propiedad, el *Tonino*, ganó la copa del conde de Zubiriá, para la clase de 10 metros.

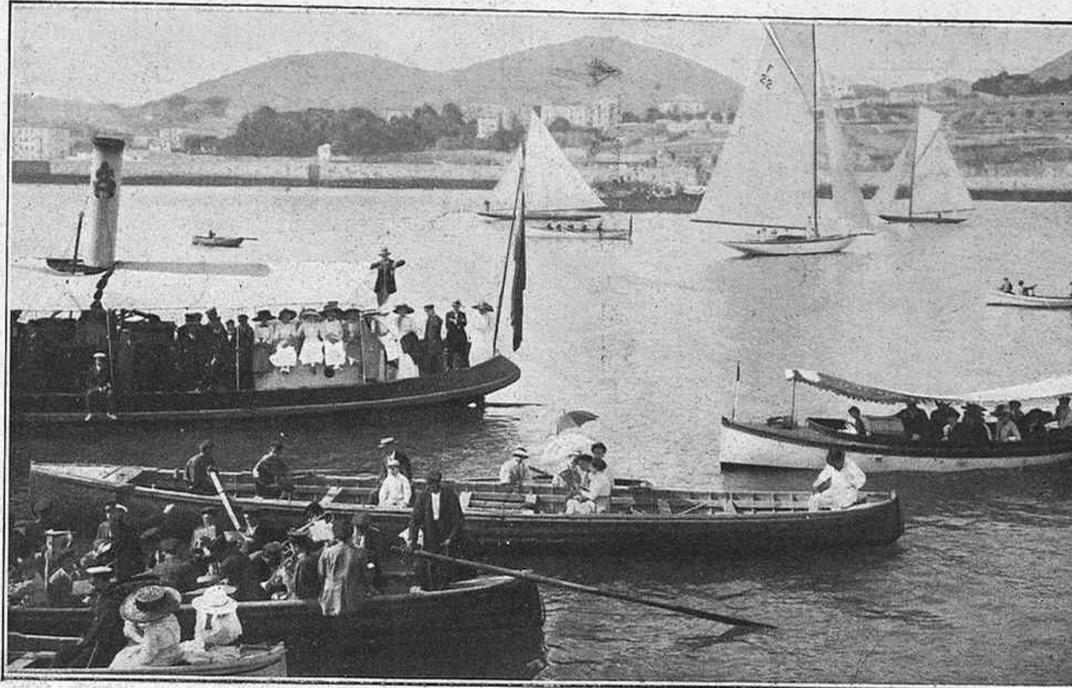
Terminadas las regatas y después de almorzar en el *Giralda* y de dar un paseo en automóvil por la población, dirigióse D. Alfonso al Tiro de Pichón; concluidas las tiradas, regresó al *Giralda*, sentando á

patroneando el barco de su propiedad *Giralda II*. Visitó luego, acompañado del marqués de la Torre-cilla y de otros personajes palaciegos, el histórico

una fiesta brillantísima bajo todos conceptos, habiendo bailado el rigodón de honor con la esposa del señor Gozoaga, presidente del club.

Un nuevo triunfo obtuvo S. M. en las regatas del día 28; su balandro *Hispania*, patroneado por él, ganó la copa del Cantábrico. Por la tarde hizo en automóvil una excursión á Algorta, visitando el palacio del Sr. Chavarrí, en donde se le obsequió con un espléndido lunch, y de regreso en Bilbao embarcó en el *Giralda*, que á las cuatro zarpó con rumbo á San Sebastián escoltado por los buques de guerra *Reina Regente* y *Proserpina*. Multitud de embarcaciones acompañaron al yate fuera del puerto y tanto los pasajeros que en ellas iban como la inmensa multitud que llenaba los muelles del Abra, tributaron á Su Majestad una despedida entusiasta y cariñosa.

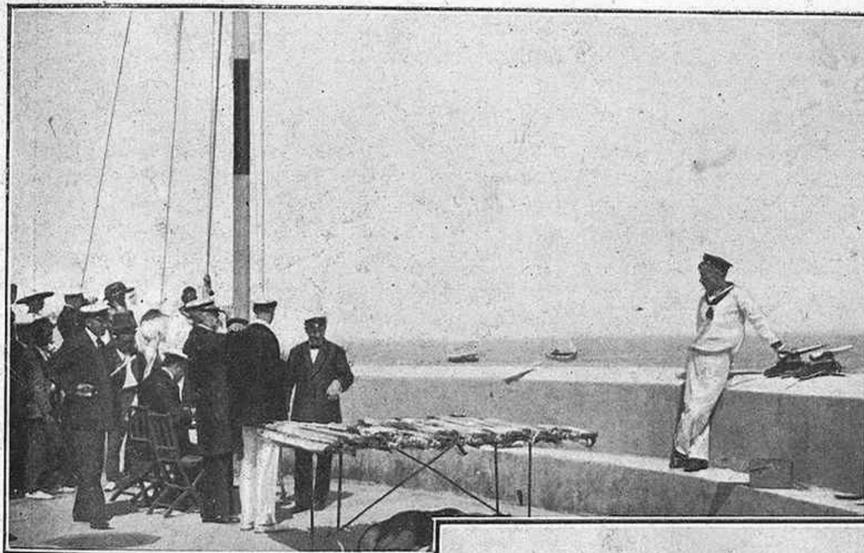
El rey, que por deberes de gobierno hubo de salir de Bilbao, volvió allí el día 2 para asistir al banquete organizado en su honor por el Sporting-Club y al reparto de premios á los vencedores en las regatas. En el banquete, el presidente del club



Embarcaciones que acudieron á recibir al rey

castillo de Brutón y por la noche asistió al cotillón celebrado en el Club Marítimo del Abra, que resultó

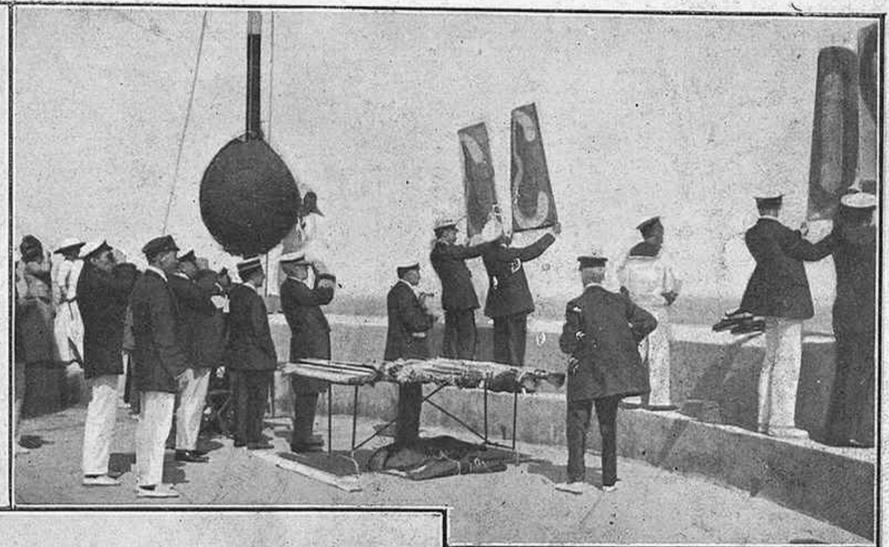
ting-Club y al reparto de premios á los vencedores en las regatas. En el banquete, el presidente del club



Esperando la señal para la salida de los balandros

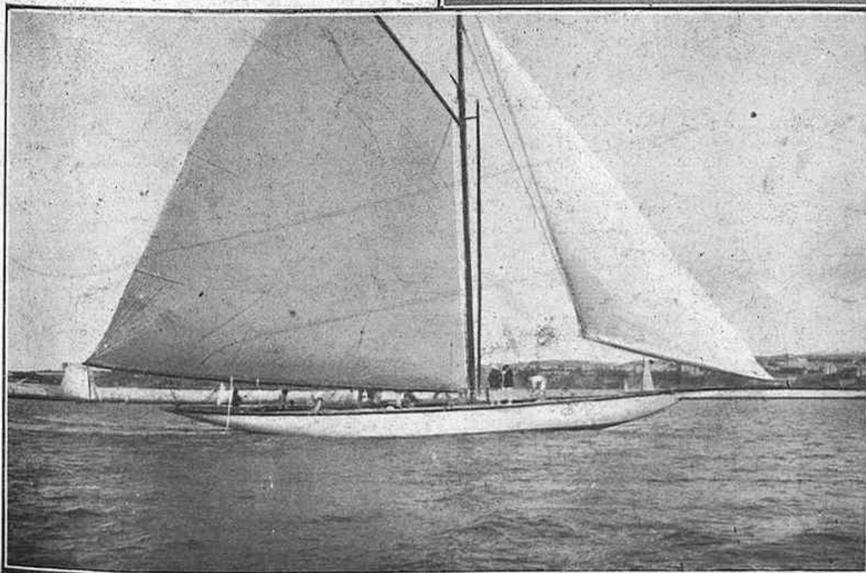
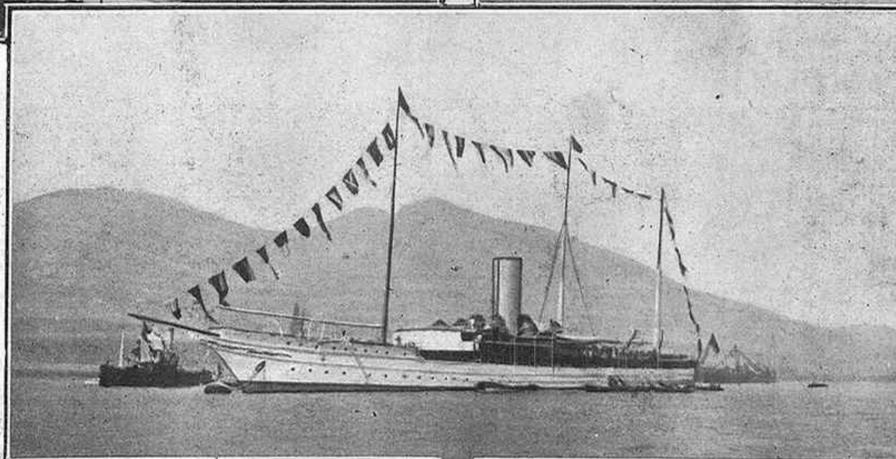
su mesa á los presidentes de los clubs marítimos del Abra, San Sebastián, Santander y Barcelona y al presidente de la federación de todos los clubs de España.

Al día siguiente continuaron las regatas y en una de ellas S. M. ganó otro primer premio, la copa donada por D. Horacio Echevarrieta,



Dando la señal de la salida de los balandros

D. Alberto Aznar pronunció un elocuente brindis agradeciendo á don Alfonso su visita y felicitándole por el triunfo que había obtenido en Cowes, y el monarca agradeció el homenaje que se le tributaba y manifestó que la victoria por él alcanzada en Inglaterra era la de todos los clubs españoles.—S.



El balandro «Hispania» de S. M. el rey.—El yate real «Giralda».—S. M. el rey á la salida del Club Marítimo del Abra



LA ESCALA DE LA VIDA, cuadro de P. van Ouderaa

P. van Ouderaa



AVENTURA DE DON QUIJOTE CON LOS FRAILES DE SAN BENITO, cuadro de José Moreno Carbonero

«Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos á recibir pronta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.»

(*Don Quijote*, primera parte. Capítulo VIII.)

DE AVIACIÓN

El martirologio de la aviación se ha aumentado últimamente con nuevas víctimas que hacen ascender al presente á 146 el número de los que en menos de tres años han pagado con sus vidas sus esfuerzos en pro de la conquista del aire.



**Dos nuevas víctimas de la aviación.**—El capitán Camine y el teniente Grailly, muertos á consecuencia de accidentes desgraciados cuando en sus respectivos monoplanos se dirigían á Vesoul, punto de concentración para las maniobras aéreas militares en que habían de tomar parte. (De fotografías de Rol.)

Entre estas víctimas recientes figuran dos pundonorosos oficiales franceses, el capitán Camine y el teniente Grailly, que hallaron trágica muerte en el cumplimiento de su deber, cuando desde el aerodromo de Buc y tripulando sendos monoplanos, se dirigían á Vesoul para unirse al 7.º cuerpo de ejército y tomar parte, como agregados á éste, en las maniobras aéreas militares.

Los dos salieron casi al mismo tiempo y volaban muy cerca uno de otro; de pronto, el aparato del capitán Camine perdió el equilibrio y cayó violentamente, en Vanville, á seis kilómetros de Nangis, junto á la carretera de París á Basilea. Las pocas personas que presenciaron la caída acudieron en auxilio del aviador á quien encontraron muerto; el tubo de admisión de esencia le había perforado el cráneo. El monoplano estaba enteramente destruido.

El teniente Grailly, que no advirtió la caída de su compañero, prosiguió su marcha y á la media hora de haber sucedido el accidente de Camine, su aparato se incendiaba en el aire y cayó bruscamente desde una altura de 500 metros en un campo próximo á Noyent sur Seine. Cuando algunos labriegos llegaron al sitio de la catástrofe, el aparato aun ardía y entre las llamas se veía el cadáver del desdichado aviador que, tras no pocos esfuerzos, pudo ser sacado de entre los restos del aeroplano.



El aviador francés Geo Fourny, que en un biplano Farmán ha vencido todos los records de la distancia y de la duración, recorriendo en un solo vuelo de 11 horas y 2 minutos 720 kilómetros. (De fotografía de Rol.)

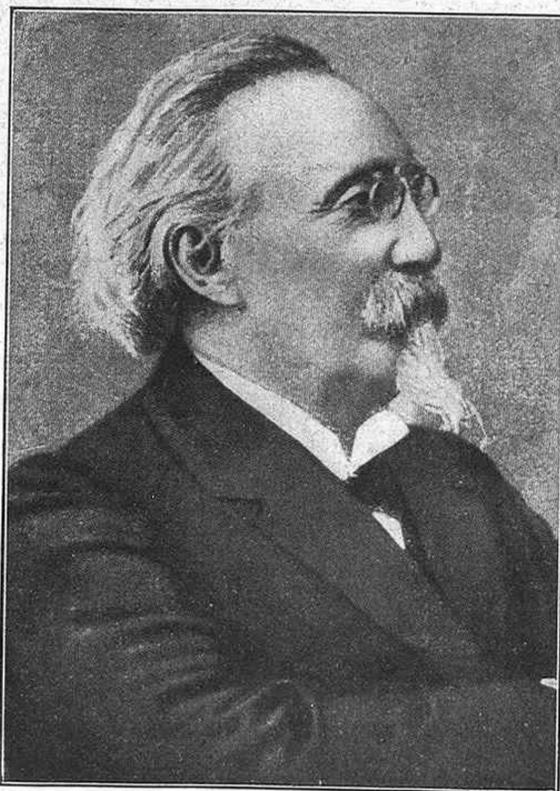
El capitán Camine había nacido en 21 de julio de 1879 en Aix les-Bains y pertenecía al 5º regimiento de ingenieros de guarnición en Versailles. Había obtenido su diploma de piloto

en 3 de marzo último y era muy conocido en los centros atléticos pues brillaba en todos los deportes especialmente en el *foot-ball rugby*. Fué uno de los primeros oficiales que introdujeron los ejercicios físicos en el ejército y formó y dirigió varios equipos en distintos regimientos.

El teniente Grailly había nacido en Poitiers en 27 de sep-

tiembre de 1884, pertenecía al 8º regimiento de coraceros y poseía el diploma de aviador desde el 3 de febrero último y el diploma superior desde el 7 de agosto.

El día 1.º de este mes, el aviador francés Geo Fourny realizó un vuelo de excepcional importancia puesto que, en un biplano Farmán, permaneció en el aire desde las 4 y 41 de la mañana hasta las 3 y 43 de la tarde habiendo recorrido en este tiempo 720 kilómetros. Esta proeza, que ha valido á Fourny el record de la distancia y de la duración sin escala, es interesante, aparte del punto de vista deportivo, por otra razón,



**D. Manuel Arriaga,** presidente de la República portuguesa. (De fotografía.)

puesto que con ella se ha demostrado que no existe para los aeroplanos el inconveniente que se les achacaba de no poder permanecer en el aire el tiempo suficiente para cumplir largas misiones. Este vuelo de más de once horas sin parada es la mejor prueba de que esos aparatos pueden realizar reconocimientos militares lejanos sin temor, á menos de una pana, de que, por falta de esencia, vayan á caer en manos del enemigo. Fourny llevaba 500 litros de esencia, provisión calculada para un vuelo de quince horas.

D. MANUEL ARRIAGA

Por 121 votos entre 207 votantes ha sido elegido por la Asamblea nacional portuguesa presidente de la República D. Manuel Arriaga. Cuenta éste setenta y cinco años, es doctor en Derecho y antes de figurar en política había ejercido la carrera de abogado, conquistándose uno de los primeros puestos en el foro lisbonense y había desempeñado una cátedra de la facultad de Derecho. Al advenimiento de la República, fué nom-

brado rector de la Universidad de Coimbra, siendo nombrado poco después procurador general de la República.

Aunque oriundo de una familia de la antigua nobleza lusitana, siempre ha profesado ideas republicanas.

Orador de altos vuelos, es considerado como una de las primeras figuras del Parlamento portugués y ha sido tenido siempre como uno de los más ilustres caudillos del republicanismo.

Sus correligionarios le tienen, además, en concepto de hombre integérrimo y dicen de él que ha permanecido siempre alejado de las minucias é intrigas de la política pequeña.

Su encumbramiento á la primera magistratura de la nación parece obedecer al propósito de los elementos republicanos conservadores de asentar la República sobre la base de una política de unión y concordia.



**S. E. Ou-Tsong-Lien,** embajador de China en Roma, uno de los primeros funcionarios chinos que se ha cortado la trenza y ha adoptado el traje europeo. (De fotografía de Chusseau Flaviens.)

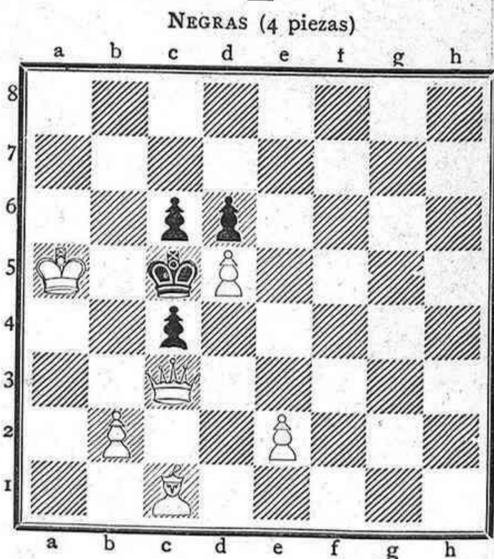
S. E. OU-TSONG LIEN

El actual embajador del Celeste Imperio en Roma, que ha sido ministro de su país en España, es un hombre de ideas muy liberales, partidario de las reformas más atrevidas y goza de gran fama en los centros diplomáticos por su sagacidad y sus vastos conocimientos.

Fué en Pekín uno de los más ardientes defensores de la supresión de la trenza y de la adopción del traje europeo, á pesar de lo cual y del edicto imperial autorizando estas innovaciones, siguió ostentando durante mucho tiempo su coleta y usando las vestiduras tradicionales en China. Pero hace algunas semanas, habiéndose encontrado en París con su ministro de Negocios Extranjeros Miang-Ten-Yen y habiéndole éste hecho notar la contradicción entre sus opiniones y sus actos, Ou-Tsong-Lien se cortó inmediatamente la trenza y trocó su vistosa túnica de seda por la severa levita.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 569, POR W. A. SHINKMAN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 568, POR S. LOYD

- |                  |  |            |  |
|------------------|--|------------|--|
| Blancas          |  | Negras     |  |
| 1. D c1-c2       |  | 1. C a8-b6 |  |
| 2. C c6-b4 jaque |  | 2. T a4xb4 |  |
| 3. D c2-c6 mate. |  |            |  |

VARIANTES.

- |                    |                        |
|--------------------|------------------------|
| 1... C a8-c7;      | 2. C c6-e7 jaque, etc. |
| 1... T a4-a7 jaq.; | 2. R b7xa7, etc.       |
| 1... T e8-b8 jaq.; | 2. R b7xb8, etc.       |

# LA COLECCIONADORA

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN)

—Yo he visto asesinar á mi padre, caballero; yo vi cómo manaba su sangre hasta que perdió el conocimiento; yo le vi morir bajo el escalpelo como

digo es que si se suprimieran los médicos se economizarían cada año millares de vidas humanas.

Un golpe de tos la interrumpió, pero en medio de

llos ojos ora demasiado móviles ora demasiado fijos y tan pálidos, aquellos ademanes mal coordinados, aquel aire de odio, aquellos excesos de lenguaje, no



Aquellas dos mujeres eran dos cautivas

si fuera bajo el puñal de un asesino; yo vi á su verdugo echar agua hirviendo sobre su pobre brazo para extraer de él las últimas gotas de vida, y guardaré memoria del horror de aquella escena abominable hasta que exhale mi último aliento.

Y repitió con exaltación:

—¡Hasta que exhale mi último aliento!

—Pero, señora, replicó Garés en tono de protesta, la medicina moderna ha renunciado casi á la sangría.

—¡Para sustituirla por el veneno!, gritó Isabel con los ojos fuera de las órbitas. ¡Ah! La medicina moderna se ha convertido en La Pommeraye después de haber sido Papavoine y Troppmann; se ha hecho envenenadora cuando se ha cansado de asesinar por los procedimientos violentos. Si yo fuese dictadora del mundo, mandaría cerrar todos sus hospitales, todas sus facultades y haría perseguir el ejercicio de la medicina como la estafa, el robo y el asesinato, sí como el asesinato!

Garés tenía el culto de su profesión que ejercía con ardor de prosélito. De genio vivo, animoso, honrado hasta el heroísmo, poseía los defectos propios de sus cualidades: la estrechez de miras, la intolerancia, preferencias y aversiones exageradas; además, arrastrado por sus propias tesis, en las que creía ciegamente, veía la locura en todas partes. En Isabel la vio tanto más cuanto que ya estaba prevenido contra la coleccionadora y que le había exasperado la filípica contra los médicos.

—Vamos á ver, señora, dijo con cierta suavidad aunque un tanto exasperado. ¿No sabe usted que ahora la medicina cura casi con seguridad una porción de enfermedades que antes se consideraban incurables? ¿Ignora usted los maravillosos métodos aplicados á la cirugía, y los milagros debidos á los sueros?

—No los ignoro, gritó con desprecio, como no ignoro los milagros de la Virgen de Lourdes, ni los cuentos de las *Mil y una noches*, ni la Biblia. Lo que

su ahogo y con la cara amoratada seguía gritando:

—Un solo temor he tenido en mi vida, uno solo ¿lo oyó usted?, el de caer en manos de ustedes; porque sé que si tengo esta desgracia me matarían ustedes jovialmente, como matan á los inocentes y á los imbeciles. Caballero, tengo naturaleza para llegar á los noventa; esta caja es de la misma madera que la de mi abuela paterna que vivió hasta los noventa y seis, sin que jamás la viera un médico; de la misma que la de mi pobre padre que murió por haber caído en las garras de ustedes. Tengo el presentimiento, la certidumbre de que si me libro de los médicos duraré lo que la primera y de que si me confío á ellos moriré como el segundo. No estoy loca, ni soy estúpida, caballero; mientras tenga un destello de inteligencia y de voluntad ni usted ni ninguno de sus colegas se acercará á mí.

«Locura razonante», pensó el doctor.

Y aproximándose á la solterona le dijo:

—Señora, tiene usted calentura; permítame que la examine.

Y para poner en práctica su intento acercó su mano á la muñeca de Isabel.

—¡No me toque usted!, rugió ésta furibunda y echándose atrás. ¿Con qué derecho pretende usted ocuparse de mí? ¡Ah! Son ustedes los sacerdotes modernos..., los que se apoderarán de las conciencias al mismo tiempo que de los cuerpos.

Después, comprendiendo que su manía la había llevado demasiado lejos, añadió en tono más suave:

—En fin, agradezco de todos modos á usted su visita, pero permítame que no recurra á sus luces. ¡Vaya usted con Dios!

Abrió la puerta y llamó á Talia. Garés no insistió, habíase formado ya su juicio y consideraba definitivamente á Isabel Ferronnayé como loca. Apenas si se le ocurría que la exaltación de la solterona pudiese ser debida en parte á la fiebre; y recordando aque-

habría vacilado, si se lo hubiesen pedido, en mandar á la vieja á un asilo.

Después que hubo hecho varias visitas, aprovechó la circunstancia de estar cerca de la librería de Ferronnayé para ver á éste.

Antonio, que acababa de llegar y daba órdenes á Jacquemin, quedóse sorprendido al ver al doctor, pues ignoraba el paso dado por Natalia.

—Si busca usted un libro alegre, dijo riendo, le recomiendo *La quiebra Chalumeau*.

—No, pasaba por aquí y vengo á hablarle de un asunto que le interesa. Esta mañana he estado en casa de su tía.

—¿Y qué le parece á usted?, preguntó Antonio con algún sobresalto.

—Que opino que será conveniente vigilar á la pobre señora. Tenía usted razón; no goza de la integridad de sus facultades mentales; me ha recibido como si fuese un ladrón.

—Sé que aborrece á los médicos, replicó sossegadamente Ferronnayé, que sentía cierto cosquilleo de alegría.

—Este aborrecimiento cuando llega al extremo que en ella se observa, es locura.

—Evidentemente la pobre mujer está algo tocada de la cabeza, dijo Antonio suspirando... Todos los que la rodean lo saben; pero yo deseaba conocer la opinión de un médico, de un especialista. Su odio á la medicina me desconcierta tanto más cuanto que mi tía empieza á declinar; su salud requiere cuidados y es triste pensar que puede morir víctima de su terquedad, porque ¿qué haremos si cae gravemente enferma? Después de todo, siento que ha de corresponderme cierta responsabilidad.

—Y la tiene usted, no hay duda. Si cae enferma, su deber será confiarla á una autoridad segura.

—Tengo miedo de comprender á usted. Quisiera evitar á toda costa á mi tía el dolor de que la arran-

casen de su casa; esperemos, sin embargo, que esta eventualidad es muy remota.

—Entretanto debe usted someterla á una vigilancia seria, dijo Garés, cada vez más aferrado á su convicción al verla tan bien compartida.

—La vigilaré. De todos modos, si se presenta algún caso grave prefiero recurrir á usted que á cualquiera de sus colegas; ya sabe usted la confianza absoluta que siempre me ha inspirado.

—Estoy á su disposición, contestó Garés, cuya vanidad se dejaba halagar tan fácilmente.

Aquella visita agitó en alto grado á Ferronnaye, que, al pronto sintió la más profunda alegría y la más violenta esperanza. No podía estar quieto; iba de un lado á otro de su almacén dando numerosas órdenes, porque era de esos hombres á quienes la excitación infunde mayor lucidez y actividad. Pero poco á poco nació en él esa reacción de inquietud que es siempre muy viva cuando un asunto queda en suspenso; después de una buena noticia que nada resuelve en definitiva, el temor de perder una parte parece mucho mayor que antes, lo cual, en realidad, es perfectamente lógico, porque puede uno resignarse á no alcanzar una meta lejana todavía, pero es intolerable no llegar á ella teniéndola cerca.

Antonio se pasó todo el día combinando planes, al mismo tiempo que estudiaba de firme el Código; pero cuanto más se enfrascaba en éste, más vago lo encontraba. Es evidente que este libro, considerado claro por Stendhal, es, salvo en algunos artículos esenciales, de una ambigüedad intolerable; en él se reflejan toda la incertidumbre humana y toda la obscuridad de las discusiones legislativas, obscuridad que la falsa precisión del estilo hace todavía más opaca. De aquí que cada título haya podido dar materia á multitud de volúmenes de jurisprudencia.

«Será menester consultar los comentarios,» dijo Ferronnaye.

Habría pedido dirigirse á su amigo Lagnier, uno de los abogados más sagaces y listos de cuantos pisaron en todo tiempo la sala de los Pasos Perdidos; pero aquel legista demasiado sutil no se acordaría de la consulta más adelante, después de la herencia?

«Me arreglaré solo,» pensó.

Tantas estaciones, tantos pedimentos de ejecución, tanta familiaridad con la temible corporación de los alguaciles, habían sido para él una excelente escuela de procedimientos; seguramente habría sido un buen agente de negocios.

En el estado actual del asunto, sabía que podría pleitear con algunas probabilidades de éxito si el testamento no databa de muy larga fecha; pero para ello necesitaba una certeza que no tenía.

«En fin, ya veremos. Entretanto, urge ponerse de acuerdo con Laty... Puedo hablarle con toda claridad, porque el muchacho se dejaría matar antes que hacerme traición.»

## VI

Carlos Jorge terminó un boj en el que trabajaba desde la mañana y sintió ese pequeño choque de contento con que dejamos concluida á gusto una tarea. Examinó su obra, hizo en ella algunos ligeros retoques y se permitió ir á contemplar las nubes, que era su gran placer, aparte del que experimentaba los sábados en casa de Ferronnaye. Desde las grandes ventanas de su taller podía ver el movimiento de París y apreciar la frescura del firmamento, y allí sentíase el grabador como flotando encima de la vida, no tan alto para estar separado de ella pero sí lo suficiente para sentirse al abrigo de su contacto cruel.

Fijó sus ojos en una larga nube de vapores esquisitos sobre un lago de estaño. Aquel universo ligero parecía tan sólido como el arrabal perdido en el lodo que deja la lluvia y en él dejó Carlos Jorge que se perdiera esa alma vaga que en nosotros corresponde á las nubes, encontrando en ello un placer cuya imprecisión era su mayor delicia. Aquel cielo, como poco antes su grabado, como todo lo que hería su oído ó su vista, iba íntimamente unido á una impresión persistente, el sentimiento de la existencia de Jacobita. Laty no recordaba que, desde hacía varios meses, aquella impresión hubiese estado ausente un solo instante; podía ser espantosamente triste, cruel, resignada, dulce, alegre ó voluptuosa, pero era en cierto modo una especie de reproducción de la vida misma del grabador, y las más de las veces mezclaba en los actos de éste cierta angustia y á veces cierta aflicción.

Cuando se paraba sin aliento, con el corazón desfallecido, como si hubiese subido á una alta montaña, sólo por haber visto pasar con demasiada violencia en su memoria la imagen de Jacobita, podía decir que «aquella imagen le ahogaba»

Y al colocarse delante de los grandes cristales de su ventana, sintió uno de aquellos ahogos: la imagen de Jacobita pasó más clara, más precisa que el tejado de enfrente, en donde los ojos perspicaces del grabador distinguían los contornos de cada teja. Apoyóse en el antepecho de la ventana y durante unos minutos sufrió deliciosamente.

Dieron las tres en el reloj de la alcaldía y Laty se dijo que había contemplado demasiado tiempo las nubes. De un gran armario sacó varios objetos, piezas de mecánica todas concernientes á la cerrajería, muchas llaves y fragmentos de hierro redondeados, algunos retorcidos en forma de garfios, y al mismo tiempo cogió un voluminoso libro, un *Manual del cerrajero*, por Clemente Dumourier.

Examinó sus útiles sin complacencia, porque si bien juzgaba que el acto que iba á realizar era conforme con la justicia natural, producíale á la vez cierta repugnancia ya que al fin y al cabo para ejecutarlo tenía que mentir, que engañar, que obrar como un malhechor. Pero hay que hacerlo constar: únicamente le repugnaba el modo, pues en cuanto á la justicia de su causa, estaba tan convencido de ella como podían estarlo un hugonote ó un liguero fanáticos en los alegres tiempos de la Reforma.

Puso manos á la obra lanzando un profundo suspiro. Tratábase aquel día de abrir una cerradura que, en concepto de Carlos Jorge, debía parecerse á la del mueble de Boule en donde estaba encerrado el testamento. Había cerrado con doble vuelta y se había prohibido examinar la llave de la misma. Después de varios ensayos, consiguió abrirla con una de las llaves maestras que había confeccionado; pero al pretender cerrarla de nuevo, no pudo conseguirlo.

«No está bastante bien,» murmuró sonriendo tristemente.

Por otra parte, las llaves maestras considerábalas como el último recurso; así es que examinó la colección de llaves ordinarias que había comprado en casa de diversos prenderos. Una de ellas se parecía evidentemente al modelo; la ensayó y la llave después de haber dado media vuelta, se detuvo, en vista de lo cual el grabador se puso á trabajarla con la lima y el martillo.

Después de algunas tentativas seguidas de rectificaciones, la llave funcionó perfectamente y con algunos golpes de lima finales se ajustó enteramente á la cerradura.

«¡No habría sido un mal ladrón!», dijo irónicamente Carlos Jorge.

Aquella ironía le entró en el corazón.

Al cabo de un minuto de ensimismamiento, procuró tranquilizarse, envolvió en un papel un trozo de cera y cogió la cartera en que llevaba sus bojes. Primeramente había de ir al almacén de Ferronnaye, en donde, al llegar, no encontró más que al viejo Jacquemín.

—Creo que el señor está en su casa, gruñó el cajero, quien, como muchos sujetos abnegados, padecía de los celos de la abnegación y acogía, por consiguiente, á Laty con acrimonia.

—Gracias, mi buen Sr. Jacquemín, murmuró el grabador, satisfecho de tener un pretexto para ir á la calle de Trevoux.

—¡Ya te darán buen Sr. Jacquemín!, gruñó el cajero viendo como el otro se alejaba. ¡Anda allá, perro de presa!

Carlos corrió á casa de Ferronnaye y sintióse casi contento de no encontrar el editor. Irene y Jacobita, que estaban en el jardín, le acogieron con grandes muestras de alegría. Aquellas dos mujeres eran dos cautivas; la persistencia que mostraba Ferronnaye en aislarlas y su obediencia absoluta á la voluntad del marido y padre, hacían que su existencia fuese terriblemente monótona.

Acaso Irene, criatura de carácter triste, estaba modelada para la esclavitud; pero en Jacobita había, si no la exuberancia y menos aun la hipérbole de su padre, una savia viva, un deseo de movimiento, de aire libre y de caras nuevas. Cansada, agotada de lecturas, aspiraba á la realidad y su madre no sabía más que llevarla á las mismas calles ó tenerla en casa ó en el jardín. En vano estaba éste lleno de rosas, lilas, iris, claveles, alélfes, campanulas, albohotes, madre-selvas, capuchinas y resedas; en vano era una milagrosa profusión de todos los fuegos de la flor y de todos los matices calmantes de la hoja; en vano ofrecíase como una tienda extraordinaria de perfumería, como un concierto de pebeteros, como una sinfonía de incensarios; á pesar de ser todo esto, acababa por asquear á la joven por la multitud misma de aquellas flores amontonadas en tan reducido espacio, por la exasperación de aquellos pequeños incendios oprimidos unos contra otros, por aquellos perfumes que se entrechocaban furiosamente entre tres paredes y una fachada.

—Mi esposo ha salido hace un momento, dijo Irene.

—Le traía los últimos bojes de *La Girándula*...

Los tres echaron á andar, uno tras otro, por los minúsculos senderos, hablando de cosas indiferentes.

La llegada de un proveedor obligó á Irene á ausentarse unos minutos y Carlos Jorge, al verse solo con Jacobita, sintió ese latido de todo el ser que duplica la vida.

—¡Es un jardín encantador!, murmuró á media voz... Bien sé que no tiene cincuenta metros de ruedo y sin embargo, hácame el efecto de una sabana llena de flores...

—Es que usted no lo habita, replicó la joven con melancolía. Esa plenitud de plantas que á usted le produce la ilusión de espacio, á mí sólo me hace el efecto de un convento; me ahogo en él y en definitiva, este aire es asfixiante... Sueño con la extensión verdadera, no la extensión de panorama..., con una extensión en donde cada cosa tenga su sitio conveniente..., y aun por contraste, con una extensión monótona, el mar, la montaña, el Sáhara...

El grabador la escuchaba sorprendido; no se figuraba que Jacobita hubiese deseado algo y aquel medio brillante, en donde ella derramaba su gracia y Ferronnaye su agitación, había parecido siempre un centro de felicidad, una pequeña patria alegre y fantástica.

—En verdad, respondió ingenuamente, nunca hubiera creído que pudiera usted formular tal deseo.

—¿Y por qué?

—Porque la creía á usted enteramente dichosa.

—¡Dichosa!, murmuró la joven. ¡Qué palabra tan terrible! ¿Cree usted acaso en la felicidad?

—Jamás me lo he preguntado; y me figuro que esta es la mejor prueba de que creo en ella... Y cuando pienso en la felicidad, no puedo imaginármela sino aquí, en este jardín, en esta casa..., porque está usted en ellos, usted y el Sr. Ferronnaye.

—¡Qué extraño!, dijo Jacobita con voz de ensueño. He aquí un hombre que cree en la felicidad y que la coloca aquí, entre mi padre y yo; y sin embargo, cuando me miro al espejo, me sorprende siempre mi semblante triste..., casi tan triste como el de mi pobre madre..., que es la imagen misma del temor y del mal presagio.

—Es cierto, replicó él con cierta vacilación, que tiene usted un aspecto grave, en el que á veces pareceme haber adivinado algo de melancolía; pero nunca he podido persuadirme de que esa melancolía fuese verdadera.

—¡Que si es verdadera!, exclamó Jacobita... ¿Cree usted que soy insensible á la inquietud de mis padres?

Arrancó febrilmente una rama de madre-selva, elevó al cielo sus ojos mágicos en los que resplandecía el brillo de los iris, y añadió:

—Mi padre, en el fondo, no está menos triste que mi madre, pero su optimismo natural le reanima después de cada contratiempo... ¡Mas son tan frecuentes los contratiempos!.. No le dejan ni siquiera tiempo de tener valor... ¡Ah! No soy tan loca que pida la felicidad, pues ello equivaldría á querer la vida eterna... Lo único que deseo es un poco de paz, un poco de esa existencia vegetativa en que tantas otras almas reposan... Quiero el sufrimiento, sí, aun el sufrimiento más intenso que el que he conocido hasta ahora; pero deseo para mis padres y para mí algunos instantes de esa frescura divina que se llama descanso... Usted no puede imaginar. Sr. Laty, lo atroz de esos días en que cada campanillazo causa un sobresalto, en que cada paso de visitantes produce una palpitación.

Carlos Jorge la escuchaba lleno de una compasión inconmensurable y conteniéndose para no echarse de rodillas á sus pies y besar el borde de su falda... De pronto, con una especie de consternación estupefacta, exclamó Jacobita:

—¡Cómo he podido decir á usted estas cosas!.. ¡Nunca tales sentimientos habían salido de mi corazón!.. Yo misma casi los ignoraba.

Y clavando en él sus ojos de flores y de gemas, añadió:

—¡Ah! Es que comprendo que es usted el más seguro de todos nuestros amigos..., y hasta nuestro único amigo verdadero.

Diciendo esto, tendióle la mano que el grabador cogió lanzando un grito ahogado, un grito de turbación y de amor infinito.

—¡Oh!, murmuró en voz baja. Toda mi vida no bastaría para pagar estas palabras.

En esto volvía la señora de Ferronnaye y los dos jóvenes se callaron.

Dieron los tres juntos algunos pasos más y después Laty dejó sus bojes y salió del jardincito encaminándose al bulevar de La Tour-Maubourg.

Hallábase en aquel estado de ánimo que Fenelón recomendó a la señora de Maintenón; pero en él Dios estaba representado por Jacobita. De los demás sólo quería lo que *ella* quisiera y únicamente para *ella*... Estaba dispuesto a verse despreciado, odiado, difamado, condenado en pro de otro y a no encontrar en sí mismo más que inquietud y condenación, con tal de sacrificarse, sin el más pequeño lenitivo, por *ella*, por su voluntad, su capricho, su antojo.

Preso de esta exaltación, llegó a casa de la vieja coleccionadora, en donde se puso a trabajar, no sin antes haber sufrido durante un cuarto de hora, las habladurías de Natalia. Después de haber tallado su boj por espacio de cerca de una hora, se levantó y, sin una vacilación, dirigióse al mueble de Boule. Una vez junto a éste, con una sangre fría resignada que daba a todos sus movimientos una seguridad perfecta, tomó con la cera el molde de la cerradura, diciéndose:

«Si esto puede hacerla libre..., libérrala de la angustia de cada minuto..., si esto puede dar a los tres un poco de reposo..., es un bien..., un gran bien, y poco importa la suerte de Carlos Jorge Laty.»

Acababa apenas de guardar la cera, cuando sonó un campanillazo; entonces sintió aquel penoso sobresalto de que le hablara Jacobita y que casi llegó a hacerle desfallecer cuando entró Isabel en el salón.

—¡Ah, está usted aquí!, exclamó ésta con su aire singular de cabra sarcástica... Acabará usted por gastar mi Díaz a fuerza de mirarlo...

Inclinóse para examinar el grabado y haciendo un visaje dijo:

—No está mal! ¿Cuánto le darán a usted por esto?

—Trescientos francos.

—Le roban a usted, repuso desdeñosamente...

Pero a bien que su cara ya dice lo que usted es, una de esas personas que aun ayudan a que otro les registre los bolsillos. Amigo mío, no es aventurado afirmar que su porvenir será poco brillante; de no constituirse una renta vitalicia, cuando sea usted viejo no tendrá más remedio que acogerse a un hospicio.

Al través de aquellas roncadas palabras no se adivinaba ninguna simpatía; la solterona había permanecido tan enteramente ajena a los afectos humanos, que no había conservado inflexión alguna para expresarlos. Siempre parecía que estaba hablando con un marchante, con un competidor ó con un criado.

—¿De dónde procede usted? ¿Qué era su padre?, preguntó con un resto de granzido, pues seguía aún resfriada.

—A fe mía, respondió dulcemente el grabador, de estas cosas sabe usted tanto como yo mismo. No he conocido a mi padre..., mi madre se suicidó para substraerse a sufrimientos intolerables, y he sido educado por una pobre mujer que, ayudada por un buen hombre, ha conseguido hacer de mí lo que soy... Ya ve usted, pues, que si he de morir en un hospicio, esto no hará más que acercarme a mis orígenes.

Isabel le escuchaba estimando verdaderamente su franqueza y su modestia; pero nada en ella reflejó aquella estimación, ni sus ojos fríos, ni su boca apretada y recelosa. A fuerza de disimular sus codicias y sus admiraciones delante de obras exquisitas, y a fuerza de engañar a los cambalacheros, había llegado a falsear toda expresión, y aun estando casi emocionada, su cara parecía una cara de madera en la que se movían dos ojos desconcertantes, equívocos.

—¡Morir en el hospicio!, exclamó... ¡Desgraciado! ¡Pues si esto es caer en sus manos, ser presa de ellos!

—¿Presa de quién?, preguntó Carlos Jorge.

—De un ható de funcionarios y de subalternos..., ¡y sobre todo de los médicos! Preferiría morir sola en el fondo de un bosque.

Y encogiéndose bruscamente de hombros, añadió:

—No sea usted tonto, joven; asegure su vejez...

Tenga usted una buhardilla suya y un jergón suyo, y muérase usted sin recurrir a los vendedores de píldoras.

Y con un movimiento seco de cabeza se despidió del grabador, el cual aun se quedó media hora trabajando, hasta que la luz pareció vacilar entre los cuadros, los rayos del sol se dislocaron y claridades falsas, amarillos azafranados y rosas malvas, se entrecruzaron en frágiles redes.

Laty suspendió entonces su labor y se encaminó hacia Montmartre, reflexionando sobre las palabras de la solterona y al mismo tiempo sobre lo que le había dicho Ferronnaye a propósito de la visita de Garés.

«Evidentemente no está en su cabal juicio,» se dijo deteniéndose delante de una calle en el fondo de la cual el crepúsculo prodigaba sus magníficas mentiras.

El sábado de la semana siguiente, Carlos Jorge ha-

llábase solo con Ferronnaye, después que se hubieron retirado Irene y Jacobita. La conversación era lánguida é incolora; uno y otro pensaban en otras cosas, que, en realidad, eran las mismas. Laty fué quien habló primero.

—Mi buen amigo, dijo, es preciso que usted sepa que estoy dispuesto.

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó Antonio mirándole asombrado.

—Sencillamente que no tiene usted más que hacer un gesto y el documento estará en poder de usted... Actualmente puedo abrir y cerrar el mueble.

Hubo un silencio largo, penoso, angustiante. Al fin Ferronnaye murmuró:

—Creo que nunca tendré valor para pedirselo a usted...

La sangre se agolpó en sus pómulos; no se atrevía a mirar al grabador.

—Mire, usted, dijo..., hasta el presente todo esto, en el fondo, es pura teoría..., pero hay un abismo entre la voluntad abstracta y la realidad.

—Para mí no, replicó con dulzura Laty... Una voluntad abstracta es para mí una voluntad perfectamente real... Lo que me cuesta es tomar una resolución interna; lo demás viene por sí solo.

—¿De modo que no tendría usted ningún escrúpulo?

—Para hacer una cosa justa ó que como justa es, no.

—¿Y las consecuencias?

—Esta es otra cuenta.

Nuevo silencio. Ferronnaye paseábase nerviosamente por el salón, mordiendo furiosamente el cigarro; luego preguntó con curiosidad temblorosa:

—¿Lo ha visto usted?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Muy sencillo... Un gran sobre de papel recio con esta inscripción: «Este es mi testamento.»

—¿Está lacrado?

—No, simplemente cerrado con la goma.

Ferronnaye suspendió su paseo; gruesas gotas de sudor le caían de las sienes, y su voz era entrecortada cuando reanudó el diálogo.

—De manera que se podría abrirlo y ver lo que contiene...

—Se podría.

Y observando que Ferronnaye no se atrevía a formular la petición, añadió:

—¿Quiere usted verlo?

Antonio volvió la cabeza y respondió en voz baja:

—Sí.

Permanecieron después largo rato sin decir palabra; su imaginación parecía vacía, toda su atención cerebral se concentraba en la resolución que acababan de tomar. Y comprendiendo que aquella noche ya nada más tenían que decirse, Laty se levantó.

—El miércoles iré a casa de la señorita Ferronnaye, dijo. ¿Quiere usted que después de mi visita me pase por aquí?

Ferronnaye tuvo una vacilación suprema; en aquel minuto, una escisión absoluta se producía en su existencia: según lo que él resolviese, el hombre de mañana sería el mismo hombre de ayer ó sería un ser enteramente nuevo ante la sociedad formidable. Pero la idea de que todavía podría volverse atrás, poner otra vez el testamento en su sitio, le decidió.

—Sí; espere a usted aquí..., a eso de las seis, si usted quiere. Comerá usted con nosotros.

Marchóse Laty y Ferronnaye sintió que con él se alejaba no su conciencia, pero sí esa porción abstracta, y sin embargo tan poderosa, de nuestro ser por la cual formamos parte del Gran Organismo, de ese montón de criaturas, en verdad equívocas, pérfidas, crueles y cobardes, pero *normales*, protegidas por una ficción demasiado real, fuera de la que volvemos a ser la fiera acosada de las selvas.

VII

Hasta la mañana del miércoles pudo Laty creer realmente que no había para él ninguna diferencia entre una acción querida y una acción realizada; pero desde que se levantó, sintió una extraña inquietud. No era miedo; estaba positivamente dispuesto, si le hacían traición las circunstancias, a sufrir las consecuencias penales de su abnegación; pero cuando estuvo *seguro* de que aquella tarde habría substraído el testamento, sintióse presa de un asco, en un principio vago y luego cada vez más concreto y violento. Le fué imposible trabajar y hasta leer; el taller se le hizo insostenible y él, que seguía siempre, sin la menor contrariedad el programa que se había trazado, sintióse acometido de un deseo inmenso de vagabundear al que bien pronto le fué imposible resistir.

Ana de Boujard abrió desmesuradamente los ojos al ver que salía.

—¿Te ha pasado algo?, preguntó inquieta.

—No, respondió Carlos Jorge con melancolía.

Contempló gravemente aquella cabeza anciana de contornos duros, a la que la edad no había podido quitar una viveza de cabra. Bajo sus cabellos blancos, Ana conservaba su aspecto hurano, una mirada y una boca que nunca habían de tener un aire venerable; era la rebelde, la solitaria, la eterna recelosa. Laty veía en ella su primer abrigo, el primer rostro que vigiló su infancia, la primera mano que tendió su protección entre ella y el universo; y aquellas mejillas hundidas, aquellos dientes largos fuera de sus alvéolos, aquella osamenta agobiada llenáronle de compasión y vió con los ojos del pensamiento lo que aquella mujer sería si cayese en manos de los otros.

—Necesito aire, dijo dulcemente... Siento hormigueo en las piernas.

Ana sabía bien lo que esto era; también había sentido la impaciencia de estar sentada, la necesidad de correr al través de la ciudad con sus piernas secas y nerviosas.

—Bueno, hijo mío; corre, muévete... Trabajas demasiado, y nosotros dos no necesitamos tanto dinero para vivir.

Carlos Jorge hubiera querido darle un beso, pero no se atrevía; la anciana, poco dada a las caricias, se habría asombrado.

—Hasta la vista, dijo. Creo que no vendré a almorzar... Es muy posible que almuerce en cualquier restaurán de las orillas del Marne.

Ana sonrió con cierta melancolía; jamás había podido satisfacer su hambre de naturaleza libre, de los grandes paseos sin rumbo fijo. Y en su boca asomó una especie de bostezo que ocultaba un suspiro.

Carlos Jorge salió pensativo, y la calle, adonde había ido en busca de espacio, le oprimió. Anduvo a buen paso y tantos kilómetros recorrió, que desembocó en aquel trozo horrible de extramuros que va desde Saint-Ouen a Saint-Denis y que es uno de los rincones más pestilentes de Francia. A cada paso, una fábrica nauseabunda, alguna industria de pieles, de productos sulfurados, de abonos, enviábale bocanadas de hedor cadavérico; pero aunque su olfato era más bien delicado, aquella atmósfera le repugnaba menos que a otros, porque allí había vivido y soñado y paseado sus grandes proyectos de muchacho de diez y seis años, y su ojo descubría en aquellos lugares bellezas extrañas y conmovedoras. En aquel funesto terruño hierve la vida; una vida pálida, ruín, ética, pero ¡cuán extrañamente resistente, cuán bien adaptada a la infección, al polvo, al alcohol y a las emanaciones de la carne de puerco! Allí, en los cuerpos enclenques, tras los ojos de fiebre y de anemia, hay toda una génesis sorprendente, hombres y mujeres de la civilización más extrema, más decrepita, con tachas de salvajes enfermos. Por otra parte, la tribu nómada envía allí sus asesinos, sus ladrones y sus jugadores fulleros. A la pelada tierra, desde los fuertes al cementerio, a lo largo del Sena y hasta Saint-Denis, llegan formando verdadera *jarra* los criminales, apuñaleando a los hombres y desbalijando las viviendas; aquello es un rincón del Sáhara parisiense con sus tuaricos.

Las tabernas sirven allí las meriendas de los entierros obreros y las comidas de los jefes nómadas, y en las noches rojizas, en los caminos de cenizas, preséntese confusamente la presencia del animal salvaje que ronda, teniendo por garras la navaja de muelles.

Laty caminaba lentamente, emocionado ante aquellos árboles enfermos como hombres, que parecían toser sus hojas, ante las fantasmagóricas casuchas del terreno militar, ante las aguas oleosas y alquitranadas, en donde los reflejos del cielo y aun los del arco iris semejan luz podrida.

«¡Hermoso paisaje para el aguafuerte y el grabado al boi,» se dijo.

El hecho es que allí había sentido nacer su vocación, unas veces yendo solo a respirar un aire ilusorio, otras llevado por Augusto Bourru que le comunicaba sus sueños de borracho. Y le parecía oír aún al alcohólico declamando:

—¡Todo está aquí por hacer todavía! Juan Francisco Raffaelli ha hecho algo ciertamente; pero esto no se descubre en un día... No basta que Colón viera huir a los primeros pieles-rojas para que fuese conocida América... Hay aquí un alma, te lo aseguro, un alma de tal modo extraordinaria, tan «espampante,» que tres generaciones de pintores, de escultores y de fabricantes de libros apenas podrán trazar de ella un boceto...

(Se continuará.)

## TEATRO DE LA NATURALEZA EN LA GARRIGA (BARCELONA)

ESTRENO DE FLORS DE CINGLE, POEMA DRAMÁTICO CATALÁN, EN VERSO, EN TRES ACTOS Y UN PROEMIO, DE IGNACIO IGLESIAS



Escenario natural del bosque de «Can Tarrés» en donde se representó el poema de Ignacio Iglesias «Flors de cingle»  
(De fotografía de Mas.)

En el pintoresco pueblo de La Garriga y en el poético bosque llamado de «Can Tarrés» efectuóse en la tarde del domingo 3 de los corrientes la primera representación del «Teatro de la Naturaleza» con el estreno del poema dramático catalán, en verso, en tres actos y un proemio, *Flors de cingle*, original de Ignacio Iglesias.

La expectación y el interés que esta representación había despertado eran inmensos: la fama del eminente dramaturgo, la nombradía de los artistas que habían colaborado en su obra, la celebridad de los actores encargados de representarla y singularmente el hecho de ponerse aquella en escena en plena naturaleza, todo contribuía á tal interés y á tal expectación y todo daba lugar á los augurios más optimistas. Y la realidad superó á cuanto pudo haberse esperado: el espectáculo resultó verdaderamente maravilloso y el éxito fué tan grandioso como unánime y sincero. El efecto de aquella representación no puede describirse; no cabe

dar una idea siquiera de la emoción que produjo en los seis mil espectadores que á ella asistieron, ni del entusiasmo delirante con que fué acogida.

con otros, que es imposible conseguir una mayor comunidad de ideas y sentimientos ni una más perfecta armonía de hombres y cosas. La obra del poeta

correspondía admirablemente al lugar; los actores se hallaban identificados en absoluto con la obra y cada uno de aquellos miles de espectadores la sentía como si cada uno la viviera. En medio de aquella naturaleza cuyo silencio solemne durante la representación no interrumpía el menor ruido, iba desenvolviéndose la acción dramática en toda su hermosa grandiosidad, casi sin aparato escénico, como si de verdad ocurrieran los sucesos imaginados por el poeta, y el público la seguía y con ella se impresionaba, como si un alma única animara á la inmensa multitud, como si un corazón solo recibiera las emociones que la visión y la audición del poema engendraban.

El bosque de «Can Tarrés» con sus encinas y sus pinos seculares, es uno de los más hermosos sitios de Cataluña. En uno de sus claros insta-



Figurines dibujados por Apeles Mestres. (De fotografía de Mas.)

Todos los elementos que en ella debían intervenir hallábanse tan íntimamente compenetrados unos

nas y sus pinos seculares, es uno de los más hermosos sitios de Cataluña. En uno de sus claros insta-

lósse la platea, y un bello altozano, con algunos altos y copudos árboles y un pequeño prado, fué el lugar escogido para escenario, que por fondo tenía un purísimo cielo y las montañas azuladas que se alzan á lo lejos hasta perderse de vista.

El aspecto que ofrecía aquel bosque momentos antes de comenzar la representación era indescripti-

como la primera fué merecido premio de su labor admirable.

*Flors de cingle* es un drama rústico, vigoroso, potente, en momentos idílico, en ocasiones trágico; en él las pasiones tienen la rudeza de los paisajes agrestes en donde se desarrollan, y el conflicto, planteado desde el primer momento sin atenuaciones, marcha

ha compuesto el distinguido maestro Sr. Casademont.

En los dos últimos actos se ve en la escena una rústica cabaña, obra de los reputados escenógrafos Sres. Moragas y Alarma, á cuyo cargo corrió asimismo el arreglo del escenario y el decorado del bosque.



Teatro de la Naturaleza, en La Garriga.—Representación de «Flors de cingle.»—Los actores.—El público.—El autor (x) y los principales actores dirigiéndose al escenario.—Enrique Borrás recitando el proemio.—Entrada del público.—Una escena del primer acto del poema.—Una escena del segundo acto. (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

ble. De muchos puntos de Cataluña, de Barcelona sobre todo, habían acudido millares de espectadores movidos no por la curiosidad, sino por el sentimiento nobilísimo de rendir culto al teatro catalán, que se ofrecía en una forma nueva, y de tributar un homenaje de admiración al dramaturgo eximio cuya obra concebida en plena naturaleza, en plena naturaleza iba á ser representada. Ocioso es, pues, decir que allí estaba toda la intelectualidad catalana; pero al lado de los literatos y de los artistas había también, y en gran número, políticos, industriales, comerciantes y gentes del pueblo, deseosos todos de contribuir al mayor esplendor de aquella fiesta de arte, de poesía, de cultura.

Comenzó el espectáculo y una ovación estruendosa, interminable, saludó la aparición de Enrique Borrás, encargado de recitar el proemio de la obra. El eminente actor dijo de un modo maravilloso los versos en que el poeta explica lo que en el curso del poema ha de suceder, y otra ovación tan grande

rectamente, sin desviarse un punto, hacia la catástrofe final. El argumento, sencillo, sobrio, puede resumirse en la siguiente explicación: el pastor *Segimón*, hijo de *Adriana*, á quien el pueblo tiene por bruja, ama á *Pietat* y es por ella correspondido. *Juanich*, padre de ésta y amo de aquél, se opone á estos amores, que protege la abuela de la gentil doncella. *Adriana*, creyendo ser el único obstáculo á la felicidad de su hijo, se suicida tirándose á un precipicio; mas ni así se aplaca la oposición de *Juanich*, quien violentamente corta los amores idílicos de *Pietat* y *Segimón*. Éste, al verse sin el amparo de su madre y separado de su amada para siempre, busca también en la muerte el consuelo y el descanso supremos.

Hay en este poema escenas de encantadora poesía, otras de intenso vigor dramático y algunas, como la aparición del rebaño y el paso de la procesión de mayo, de una placidez, de una melancolía inefables. Contribuyen al mayor efecto de varias de ellas los inspirados corales y canciones que para la obra

La interpretación de *Flors de cingle* fué inmejorable, habiéndose distinguido especialmente las señoras Morera y Panadés, la señorita Mestres y los señores Borrás (D. Jaime), Codina y Vinyas.

Los trajes habían sido confeccionados con arreglo á los figurines dibujados por el ilustre Apeles Mestres.

La representación, como hemos dicho, fué un éxito grandioso. Para todos hubo ovaciones: para el dramaturgo, para el músico, para los escenógrafos, para el dibujante, para los cómicos, que hubieron de salir repetidas veces á la escena á recibir los aplausos interminables del público. A todos enviamos nuestra más entusiasta enhorabuena y la hacemos extensiva á la comisión organizadora de la fiesta del Teatro de la Naturaleza que no ha perdonado sacrificio ni escaseado medio alguno para realizar con tanto entusiasmo y tan dignamente una empresa que enaltece al teatro regional y que puede contribuir poderosamente á darle nueva y más esplendorosa vida.—P.

## LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

AFRICA ESPAÑOLA, por don José M.<sup>a</sup> Folch y Torres. — El inteligente editor D. Antonio J. Bastinos ha publicado un libro del distinguido escritor D. José M.<sup>a</sup> Folch y Torres, de gran interés en estos momentos, en que la atención pública se halla fija en los acontecimientos que se desarrollan en Marruecos. Descríbense en la obra, con gran copia de antecedentes, las posesiones españolas de Guinea, tanto insulares como continentales, Río de Oro ó Sáhara español, El Rif, etc., dando á conocer su situación, usos, costumbres, habitantes, y su fauna y flora. Un volumen de 160 páginas, profusamente ilustrado.

EL DIARIO DE MARÍA, por María Troncoso de Oiz. — El conocido editor Miguel Casals ha publicado la interesante novela original de la señora Troncoso de Oiz, que firma con el seudónimo de Raquel. De argumento sencillo, se desenvuelve la novela en forma de Diario, que redacta la protagonista, dando lugar á una serie de escenas y cuadros inspirados en conceptos basados en la más sana moral. Consta de un volumen de más de 400 páginas, de 21 x 14, con bonitas ilustraciones, y se vende en todas las librerías al precio de 3'50 pesetas cada ejemplar en rústica y de 4'50 encuadernado en tela.

CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES. Tomo segundo. — Colección de notables trabajos de A. Garland, J. A. de Izcue, N. Domínguez, Dora Mayer, J. M. Manzanilla, A. Vidal, F. Galdamez L., E. Kaempfer, J. M. Samamé, M. Concha, M. A. Belaunde, G. M. Bañados II, J. Errázuriz Tagle, M. Novoa, R. Espinoza, A. Aragón, I. Vucetich, L. Reyna Almandos, M. González Olacoechea, E. Gómez, V. Centurión, R. Pacheco, L. Uribe Orrego, M. Pío Portugal, G. Subercaseaux y E. W. Kemmerer, presentados en la séptima sección del Cuarto Congreso



Salomón y la Sulamita, cuadro de Armando Frobenius

Científico (1.º Pan-Americano) celebrado en Santiago de Chile, del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909. Estos trabajos han sido publicados bajo la dirección de Julio Philippi, secretario de la Sección y de la Subcomisión organizadora respectiva y forman un volumen, el IX de los trabajos del Congreso, de 440 páginas, impreso en Santiago

librado, de pura cepa española, no desnaturalizado por influencias exóticas. *Amores que triunfan* es una novela en extremo interesante, castizamente escrita y altamente moral. Un tomo de 128 páginas que forma parte de la Biblioteca Patria, que con tanto éxito se publica en Madrid. Precio, una peseta.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE VENEZUELA, por Francisco González y Guindán. — Se ha publicado el tomo noveno de esta importantísima obra de la que en distintas ocasiones nos hemos ocupado con el elogio que se merece. Contiene el final de la parte quinta, que trata del gobierno de la Federación (1863-1868) y los primeros capítulos de la parte sexta, en la que se estudian el llamado Gobierno Azul y el Septenio. El volumen, ilustrado con numerosísimos grabados, tiene 526 páginas y ha sido impreso en Caracas en la tipografía de la empresa «El Cojo.»

AMORES QUE TRIUNFAN, por Jesús R. Coloma. — Con esta obra se ha revelado como novelista de gran valía el señor Coloma, en quien se advierte un temperamento equi-

Las casas alemanas y austro-húngaras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA, pueden dirigirse á la agencia de publicidad Rudolf Mosse, en Berlín, Breslau, Dresde, Dusseldorf, Francfort del Mein, Hamburgo, Colonia, Leipzig, Magdeburgo, Maguncia, Nuremberg, Stuttgart, Praga, Viena, Zurich.

**"DIANA"** Cria y venta de legítimos Perros de raza  
Wideburg y C.<sup>a</sup>  
Eisenberg S.- A. 7, ALEMANIA



Envío de ejemplares de todas las razas, irreprochables, legítimos, de pura casta, desde el perrito de salón y del perrillo faldero á los mayores perros ladadores, de guarda y de vigilancia, así como de todas las Razas de caza.

Exportación á todas partes del mundo, en todas las épocas del año, bajo la garantía de que llegarán sanos.

Condiciones ventajosas. Magnífico catálogo ilustrado, con lista de precios y descripción de castas, pesetas 2'50 (se admiten sellos españoles en pago). Lista de precios gratis y franco. Todo en español, francés y alemán.

## HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

## CABALLOS

Caballos de caza y de carrera ingleses é irlandeses, los mejores en su clase. Durante los últimos años han ganado 114 campeonatos, 890 primeros premios, 440 segundos y 190 terceros. Precios en concurso abierto. Dirigirse personalmente ó por escrito á J. H. Stokes, Nether House, Great Bowden, Market Harborough, Inglaterra.

(N.)

## HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN

Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.

Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PÍLIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN